

**SANDOR FERENCZI A LA LUZ DEL BIOANÁLISIS:  
ENTRE LA PASIÓN, EL DOLOR Y LA TERNURA.  
UN ANÁLISIS DE CARÁCTER.**

**Ps. Juan V. Gallardo C. (\*)**

**RESUMEN:**

El presente trabajo tiene un doble propósito: por una parte, ampliar la biografía realizada sobre Sándor Ferenczi en 1998; por otra, complementar el análisis caracterológico desarrollado sobre Georg Groddeck en 2023 mediante un estudio equivalente centrado en Ferenczi. Replicando la aproximación metodológica utilizada en el análisis anterior, se consideran aquí los juicios sociales en torno a Ferenczi, su propia autopercepción y una serie de ejes que conjugan antecedentes e hitos biográficos a lo largo de su existencia. Se propone explorar la dimensión órfica de su personalidad, indagando en sus antecedentes biográficos, su desarrollo psicosexual y sus experiencias vitales significativas, así como en su proceso de individuación. El objetivo es favorecer la comprensión de las intelecciones del médico húngaro a partir de una perspectiva tetralógica, del uso de una vox temporare y de los principios epistémicos del propio Bioanálisis que él mismo formuló.

**Palabras clave:** Ferenczi, Groddeck, Bioanálisis, desarrollo psicosexual, carácter, individuación, dimensión órfica, perspectiva tetralógica.

**SUMMARY**

The present work has a dual purpose: on the one hand, to expand the biography of Sándor Ferenczi originally written in 1998; on the other, to complement the characterological analysis developed on Georg Groddeck in 2023 with an equivalent study focused on Ferenczi. Replicating the methodological approach used in the previous analysis, this study considers the social judgments surrounding Ferenczi, his own self-perception, and a series of axes that combine biographical antecedents and key moments throughout his life. It aims to explore the Orphic dimension of his personality by examining his biographical background, psychosexual development, and significant life experiences, as well as his process of individuation. The goal is to foster a deeper understanding of the Hungarian physician's insights through a tetralogical perspective, the use of a vox temporare, and the epistemic principles of Bioanalysis that he himself formulated.

**Keywords:** Ferenczi, Groddeck, Bioanalysis, psychosexual development, character, individuation, Orphic dimension, tetralogical perspective

Si puedes mantener la cabeza cuando todos  
a tu alrededor la pierden y te culpan por ello;  
si puedes confiar en ti cuando todos dudan de ti,  
pero también tolerar sus dudas.  
(‘If’, Rudyard Kipling. estrofa primera.)

**INTRODUCCION**

Las relaciones entre un autor y su obra ofrecen un campo fértil para el análisis, especialmente cuando se las contempla desde un marco epistémico amplio como el modelo holónico propuesto por Arthur Koestler en *The Ghost in the Machine* (1967). Considerar tanto al autor como a su obra como ‘holones’<sup>1</sup> —entidades que son simultáneamente partes y totalidades dentro de sistemas jerárquicos más amplios— permite acceder a configuraciones singulares donde se entrelazan subjetividad, contexto y producción simbólica. Si además esta relación se concibe como una Serie Complementaria —una forma específica de vínculo entre holones de

naturaleza aparentemente dual, polar, antitética o diádica—, se vuelve posible observar no solo los vínculos directos entre quien escribe y lo escrito, sino también las zonas de cruce, tensión y resonancia mutua que se despliegan en ese intercambio. Esta mirada permite abordar las características atribuidas (holón atributivo), los posicionamientos dentro de sistemas mayores (holón distributivo), los roles implícitos o funciones internas (holón configuracional) y el desarrollo vital, tanto personal como productivo (holón procesual), que afectan por igual al sujeto y a su obra. A ello se suman los holones emergentes que dicha mutualidad puede generar: estructuras nuevas, inéditas, que nacen de la interacción entre ambos polos y que enriquecen el campo simbólico, clínico o epistemológico en el que se inscriben.

Si además incorporamos las intelecciones elaboradas por el propio autor —ya sean psicoanalíticas y/o bioanalíticas— aplicadas al mismo objeto de análisis, emerge una ‘symploké’<sup>2</sup> de gran potencia: una trama estructural plural que articula autor, obra y contexto mediante resonancias, implicaciones y co-determinaciones, más que a través de causalidades lineales o identidades rígidas. Esta concepción resulta especialmente fértil para el análisis de personalidades como Sandor Ferenczi, en cuya trayectoria clínica e intelectual su biografía, pensamiento y proposiciones clínicas conforman un entramado indivisible, y donde intentar abordarlos por separado solo conduce a empobrecer la riqueza estructural, histórica y afectiva de su legado.

El Bioanálisis, tal como lo concibió Sándor Ferenczi —y que llevó a Freud a decir, con inesperada lucidez en su obituario de 1933: “No obstante, quizás llegue a existir alguna vez realmente un ‘bioanálisis’ como Ferenczi lo ha proclamado, y éste tendrá que invocar sin duda el *Ensayo de una teoría genital*.” (Freud, S. 1933)— ha sido actualmente estructurado como Modelo Bioanalítico dentro del marco epistemológico del Constructivismo Monolético. Este modelo ofrece recursos epistémicos singulares como el utraquismo, la anfimixia y el mutualismo, al servicio de un original pensamiento tetralógico surgido desde la reversibilidad de la perspectiva<sup>3</sup>, capaz de entretejer tramas radiculares, rizomáticas y estromáticas mediante una lógica formal ampliada por analogías, síntesis, correspondencias e isomorfismos estructurales. Este pensamiento no busca una certeza clausurada, sino que opera sobre la base de índices de realidad y conjeturas luminosas, orientadas al paulatino develamiento de la verdad.

Este Modelo se funda, además, en la conciencia de una realidad monista/plural organizada en torno a tres ejes de materialidad: corpórea (M1), representacional (M2) y relacional (M3), lo que permite articular distintos planos de análisis sin disolver su especificidad ni fragmentar su unidad funcional. A esta arquitectura se integran recursos metodológicos como los procedimientos de regressus y progressus (Bueno, 1988), las perspectivas émic y épíc (Kendall, 1945), el principio de Jano de doble orientación (Koestler, 1967), así como principios bioanalíticos tales como la vox temporare, la reversibilidad de la perspectiva y los artefactos bioanalíticos tetrádicos —entre ellos: Invariante, Evolutivo, Contextual y Circunstancial; Contexto, Plataforma, Héroe y Designio; Reactivo, Instrumental, Transferencial y Retorno, entre otros—, los cuales configuran un sistema de referencialidad múltiple. Este conjunto permite franquear el plano fenoménico —el Mundo *aespectabilis* (Mi)— en la búsqueda de una comprensión profunda del Mundo (M), entendido no como representación subjetiva ni como sustancia metafísica, sino como un orden relacional de materia, donde la Verdad se define como la relación operatoria ‘entre el decir y el orden de las cosas’. En este camino, se intenta evitar tanto un pensamiento ‘Alicia’ —aquel que amalgama sin desparpajo fantasía y creencia, desentendiéndose de toda epistemología derivada—, como un pensamiento ‘Utópico’ que, al fundarse en una potencialidad idealizada, encuentra en su propia ideología tanto su autovalidación como la devaluación de lo diverso, tal como lo advirtió Gustavo Bueno<sup>4</sup>. El trayecto hacia la develación de la realidad se despliega, entonces, entre místicos, mártires, cínicos y odiadores —como ya anticipamos en otros textos, al describir ese tránsito desde lo sonambúlico hacia una vigilia a veces fingida, a veces genuina—, en un sentido cercano al que Arthur Koestler propuso en *Los sonámbulos* (1959), al describir a aquellos pioneros del saber que avanzaban a tientas, impulsados por visiones fragmentarias que desbordaban su propia conciencia reflexiva.

En torno a la figura de Ferenczi, los condicionantes historiográficos e ideológicos han operado con particular crudeza, configurando un entramado de relatos profundamente disímiles: desde las inaugurales reconstrucciones impulsadas por el llamado Renacimiento de Ferenczi, liderado por Judith Dupont y el grupo *Le Coq-Héron*, hasta revisiones generales parcializadas —entre las cuales la más ominosa es, sin duda, la de Ernest Jones—, todas marcadas por diversos grados de simpatía, ambigüedad o franca hostilidad. Frente a estas versiones, ha emergido en las últimas décadas un conjunto de estudiosos que ha abordado su

obra con mayor rigor documental y analítico, abriendo nuevas líneas de interpretación histórica, clínica y epistemológica<sup>5</sup>. Este movimiento forma parte de un esfuerzo sostenido —y cada vez más amplio— por dar nueva vida y proyección internacional a la figura de Ferenczi. Reconocer la heterogeneidad de estas lecturas permite ubicar con mayor claridad tanto el lugar que ocupa Ferenczi en la historia del psicoanálisis como la forma en que su figura fue interpretada, deformada o silenciada, y cómo, en la actualidad, ha resurgido —junto con la de Freud— como uno de los pensadores más relevantes del siglo XXI, no solo en el ámbito del psicoanálisis, sino como exponente central de un nuevo paradigma para avanzar en la comprensión de la psicoterapia, la clínica y el devenir psíquico.

Aunque este trabajo no se propone como un estudio exhaustivo sobre las relaciones entre autor y obra, sí resulta necesario advertir que muchas de las distorsiones que han afectado históricamente la recepción del pensamiento de Ferenczi se vinculan con ciertas confusiones epistémicas de base, por ejemplo: a la falta de distinción entre obra científica y obra literaria, entre descubrimiento e invención, entre enfoque heurístico y hermenéutico, y/o entre el valor intrínseco de una producción intelectual y las vicisitudes biográficas de su autor. En el caso de Ferenczi, estas zonas de ambigüedad alimentaron numerosos malentendidos tanto respecto a su pensamiento como a su persona. Tales malentendidos, amplificados por lecturas sesgadas o motivaciones oblicuas, funcionaron como material enantiomorfo: que simulando preservar su imagen o resguardar su integridad, en realidad contribuyeron a silenciar, deslegitimar y marginar su legado, especialmente a partir de una caracterización —reiterada y no pocas veces infundada— como sujeto inmaduro, emocionalmente inestable o clínicamente perturbado. Esta estigmatización, sostenida durante más de medio siglo, operó como un dispositivo eficaz de exclusión simbólica dentro del campo psicoanalítico, bloqueando una comprensión más profunda del trayecto vital de Ferenczi como proceso de individuación, lucidez crítica, creatividad teórica y apertura a nuevos índices de realidad.

El presente trabajo tiene un doble propósito: por un lado, volver a recorrer la biografía y la obra de Sándor Ferenczi desde una perspectiva bioanalítica (Gallardo, J. V., 1998), con el fin de ofrecer una lectura integrada del desarrollo vital e intelectual del autor, entendiendo su vida y su obra como dimensiones inseparables de un mismo proceso de ejercicio profesional, producción intelectual e individuación. Por otro lado, realizar un ejercicio que permita explorar, desde una perspectiva bioanalítica, aquellas constantes psíquicas y relacionales que subyacen a una producción clínica, teórica y técnica; y que posibilitan articular una biografía con un pensamiento, un carácter con la creación, y una experiencia de vida particular con determinadas formulaciones conceptuales. En este contexto, realizar un análisis caracterológico de Ferenczi —al igual que el trabajo realizado sobre Groddeck— equivale también a aplicar los recursos epistémicos del Bioanálisis, los cuales posibilitan un ejercicio heurístico pleno de potencialidades, y que, más allá del reconocimiento de Ferenczi como un retrato cerrado o una reconstrucción psicológica, funcione como un ejercicio abierto de interpretación múltiple, donde la subjetividad del autor, su entorno histórico y sus elecciones clínicas se revelen en sus mutuas implicaciones.

La labor de Sándor Ferenczi en el campo del psicoanálisis ha resurgido con notable vigor en el siglo XXI, revitalizando un interés que trasciende las fronteras de la práctica clínica y se extiende a múltiples disciplinas de las ciencias humanas y sociales. En los albores del ocaso de la posmodernidad, donde las ciencias han experimentado un desarrollo vertiginoso en términos de tecnología y metodologías, el pensamiento de Ferenczi se revela sorprendentemente pertinente y enriquecedor. Explorar su personalidad con el objetivo de comprender su singularidad —destacando la cualidad órfica de su individualidad, su estructura de carácter uretral pasiva, sus producciones intelectuales y su trayectoria autoanalítica hacia la genitalidad— constituye un reto epistémico de gran valor.

Utilizando los mismos principios epistémicos que él propuso para el Bioanálisis (utraquismo, anfimixia y mutualidad), así como un pensamiento tetralógico y rizomático, y una *vox temporare*, se examinan hitos clave de su biografía en relación con su desarrollo psicosexual y la formación de su carácter. El análisis caracterológico considera tanto los juicios sociales sobre Ferenczi como su autopercepción, explorando elementos que conectan antecedentes e hitos biográficos a lo largo de su existencia con el objetivo de profundizar en la comprensión de su humanidad y de sus vicisitudes vitales promoviendo la valoración de sus propuestas y logros, y facilitando una comprensión más plena de las ideas del médico húngaro.

## NUEVAS CONSIDERACIONES SOBRE EL ANÁLISIS CARACTEROLÓGICO

Si puedes esperar y no cansarte de esperar,  
o ser desmentido sin responder desmintiendo,  
o siendo odiado no dar cabida al odio,  
y aun así no parecer demasiado bueno,  
ni hablar con demasiada sabiduría.  
( ‘If’, Rudyard Kipling, estrofa segunda)

En un trabajo complementario a este, “Georg Groddeck a la luz del Bioanálisis: Desarrollo Psicosexual, Carácter, Identidad e Individuación” (Gallardo JV., 2023), en la sección titulada “Esbozos para un análisis caracterológico”, se señalaban las dificultades epistémicas, éticas y clínicas que implica todo intento de caracterizar el “modo de ser” de un individuo, tanto desde el sentido común como desde las aproximaciones científico-disciplinares. Allí se advertía sobre los peligros del juicio psicopolítico, la denostación y los reduccionismos inherentes a cualificaciones sin contexto —en particular, en el marco de encuentros entre místicos, mártires, cínicos y odiadores— a través del descrédito, el asesinato de imagen o las falacias *ad hominem*. Se destacaba, además, el silenciamiento que ha recaído sobre figuras claves cuya originalidad fue más censurada que reconocida, por motivos ideológicos, institucionales o simplemente por su disonancia con el canon dominante.

Igualmente es necesario considerar que, más allá de los análisis de carácter oblicuos —cuya finalidad ha dejado de ser la comprensión profunda de una personalidad para convertirse en instrumento de denostación, muchas veces al servicio de intereses ideológicos, psicopolíticos o incluso personales— incluso las aproximaciones rectas al estudio del carácter a partir de textos escritos (cartas, diarios, ensayos, autobiografías, etc.) no están exentas de una serie de sesgos inevitables, derivados tanto de la subjetividad del método como del vínculo proyectivo entre lector y autor. No es infrecuente encontrar distorsiones generadas por el horizonte interpretativo del analista, cuyas convicciones, afectos o transferencias pueden interferir en la lectura del material, lo que sumado a la falta de triangulación con otros registros (biográficos, clínicos, conductuales) suele conducir a una sobrevaloración o infravaloración del texto como expresión totalizante del sujeto, incurriendo en reduccionismos que distorsionan el esfuerzo genuino de develamiento de una particular singularidad psíquica.

También es posible encontrar con frecuencia lecturas anacrónicas, contrafactuales e interpretaciones de eventos, actitudes y estilos de vida bajo parámetros normativos actuales, generando juicios descontextualizados; o en su defecto confusiones frecuentes entre autor y exégeta que difumina los límites mutuales de este ejercicio al punto que lo enunciado refiere más a los intereses del investigador a que a la verdad histórica del sujeto. A menudo se realizan inferencias psicopatológicas sin respaldo clínico, proyectando sobre el texto diagnósticos que no solo son aventurados, sino que clausuran la posibilidad de una comprensión genuina. Este efecto se intensifica cuando el analista, movido por adhesión o rechazo ideológico, cae en proyecciones valorativas que contaminan la lectura.

Otra dificultad común del análisis caracterológico es la vicariedad de la mutualidad, desde la cual se configura una relación asimétrica entre “una y media persona”, donde la transferencia, la contratransferencia y la implicación afectiva introducen una fuerte carga simbólica, síntesis autoreferidas, hipermetáforas o estilos enunciativos heterogéneos. En este contexto, el texto deja de funcionar como huella de lo ‘objetivo’ (intersubjetivo)<sup>6</sup> para transformarse en una trampa proyectiva, donde el investigador corre el riesgo de hablar más de sí mismo que del autor analizado, y el lector, el de confundir al sujeto del análisis con su exegeta. De hecho, son muchos los riesgos —adversidades, críticas, distorsiones— que se encuentran en el camino de un análisis de carácter: la hipostasis, o tendencia a fijar el carácter como una entidad cerrada a partir de fragmentos que se elevan arbitrariamente a la categoría de paradigma; la cosificación de un devenir procesual en un momento cristalizado o clausurado, que desconoce la naturaleza dinámica y evolutiva del sujeto; y la judiciabilidad, entendida como la susceptibilidad —o más precisamente, la propensión— a evaluar ciertos eventos, conductas o discursos mediante un filtro moralizante, introduciendo un sesgo valorativo que desplaza la comprensión hacia la calificación ética o ideológica, anulando así la complejidad estructural del fenómeno observado.

Si bien este conjunto de limitantes pudiera parecer insuperable —dada la naturaleza holónica de los pares recto/oblicuo, acierto/error, verdad/mentira, así como de las series complementarias que emergen de estas antinomias como polos de un continuo—, desde una aproximación bioanalítica esto no es así. La opción de un pensamiento tetralógico, apoyado en los principios propios del modelo —utraquismo, anfimixia, mutualidad—, junto con el uso de ciertos artefactos bioanalíticos como la matriz PASO (presencia, ausencia, simulación, ocultamiento), el cuadrante decisional (quiero, puedo, debo, me conviene), el esquema espacio-temporal de interrogación causal (¿qué?, ¿cómo?, ¿por qué?, ¿para qué?) y la llave de posicionamiento interno (roles, ego, yo, self), permiten abordar estos aspectos complejos con resguardo frente a los riesgos interpretativos implícitos. Tales herramientas no solo fortalecen la contención epistemológica del análisis de carácter, sino que también permiten detectar desvíos interpretativos cuando el juicio se ve afectado por proyecciones no elaboradas, identificaciones reactivas o tendencias compensatorias del analista.

En este contexto, la incorporación del artefacto bioanalítico tetrádico del Cuadrante Vincular, surgido de la comprensión del Amor como experiencia emocional del Cuidar, permite abordar las funciones rectas de contener y limitar, así como las oblicuas de malcriar y castigar. Al aplicar estas funciones al análisis de carácter, se contextualizan tanto la denostación como la idealización, en la medida en que se reconoce que el verdadero acto de reconocimiento del otro en cuando su singularidad emerge de la posibilidad cierta de ser visto en su dimensión real. Desde esta perspectiva, la genuina experiencia de respeto, afecto y admiración se cierne sobre el otro, disipando la sombra personal que lo recubre y permitiendo un encuentro auténtico con su humanidad.

## **FERENCZI VISTO POR OTROS. PALADIN Y GRAN VISIR SECRETO.**

Si puedes soñar sin que los sueños te dominen;  
si puedes pensar sin que tus pensamiento sean tu único fin;  
si puedes enfrentarte al Triunfo y al Desastre  
y tratar a esos dos impostores de la misma manera;  
(estrofa tercera: 'If', Rudyard Kipling)

Empezamos este análisis develando la primera capa de ignominia que Jones vertió sobre Ferenczi tras la muerte de éste en la biografía que realizó sobre Freud, donde escribe: “Además de eso estaban sus delirios acerca de la supuesta hostilidad de Freud. Hacia el final aparecieron violentos accesos paranoicos, e incluso homicidas [...] los demonios agazapados en su interior, y con los cuales Ferenczi había luchado durante años en medio de sus desdichas y con no poco éxito, se impusieron finalmente a él” (Jones, 1953). Esta afirmación operó como una capa de desmentida sobre la personalidad y el rol jugado por Ferenczi durante 25 años (1908–1933) y cubrió por décadas la presencia y la memoria de Ferenczi, proyectando una imagen patológica que sesgó la posibilidad de una mirada veraz sobre su persona en la órbita psicoanalítica hasta el Renacimiento de Ferenczi iniciado a mediados de los 70 del siglo pasado.

Espíritu original, audaz y creador, cauteloso al extremo de preservarse de todo dogmatismo y de conservar, de esta forma, una completa autonomía de pensamiento y de acción, Ferenczi creó una obra que aparece hoy en día como una de las más atrayentes que el psicoanálisis haya inspirado en su tiempo, ya que, animado por una imaginación creadora permanente, imaginación muchas veces poblada de un verdadero soplo poético y épico, está constantemente cruzada por las intuiciones fulgurantes de su autor” (Bokanowski, 1997, p. 5).

Sin embargo, más allá de estas elogiosas palabras, al recuperar diversos testimonios —incluidos algunos del propio Ernest Jones— emerge una curiosa paradoja: por un lado, se constata una descripción relativamente consistente de ciertos rasgos que caracterizaban a Ferenczi según sus contemporáneos; pero por otro, se aprecian contrastantes valoraciones de esos mismos rasgos según la fuente y el contexto. A nivel fenomenológico, Ferenczi fue ampliamente reconocido como una persona cálida, afectuosa, amistosa y sensible; imaginativo, creativo, fecundo e innovador; intelectualmente agudo y brillante, reflexivo y autocrítico; y, finalmente, dotado

de una habilidad clínica excepcional evidenciada en su capacidad de escucha, empatía, contención, autenticidad y perspicacia psicológica. La literatura contemporánea abunda en comentarios elogiosos —aunque muchas veces se limitan a replicar las fuentes originales— y en juicios que, si bien laudatorios, aparecen saturados de idealización o de una épica retrospectiva. Cabe señalar, sin embargo, como lo demuestran las investigaciones de Michele Lualdi<sup>7</sup>, que gran parte de la historiografía psicoanalítica ha incurrido en una preocupante tendencia a replicar afirmaciones no verificadas, basadas en cadenas de citas derivadas de fuentes secundarias, sin referencias cruzadas ni control crítico de su origen o contexto.

No obstante, también fue definido —en opinión de ciertas específicas personalidades— como emocionalmente inmaduro, necesitado del amor de los otros, excesivamente demandante en sus vínculos personales y profesionales, blando en el manejo técnico, débil ante la transferencia, confusamente identificado con un rol maternal y propenso a la sugestión. De hecho, se le llegó a caracterizar como un “místico peligroso” alejado del rigor científico freudiano, un pensador brillante pero clínicamente inestable, impulsado por un *furor sanandi*<sup>8</sup> compulsivo que sustituía el encuadre por la entrega emocional. Para algunos, Ferenczi era una figura intelectualmente luminosa pero emocionalmente desgastada, incluso patética por momentos, víctima tanto del desdén de ciertos colegas como de su propia sensibilidad exacerbada.

En muchos casos, las afirmaciones formuladas sobre la personalidad de Ferenczi carecen de una epistemología derivada que fundamente rigurosamente los juicios emitidos, tanto en lo que respecta a los contenidos como al contexto histórico en que fueron producidos. Más aún, hoy se reconocen ampliamente las preconcepciones sostenidas por Ernest Jones, Anna Freud y otros, a la luz de las contingencias inherentes al psicoanálisis como entidad institucionalizada; valoraciones críticas que, más que describir objetivamente a Ferenczi, parecen expresar transferencias personales y contratransferencias institucionales, propias de un entorno que no pudo tolerar la sensibilidad disruptiva que él encarnaba.

Por ello, ante una personalidad tan singular como la de Ferenczi —donde el liderazgo afectivo se articulaba con una competencia técnica no convencional— no resulta sorprendente que muchos valoraran de manera dispar los mismos rasgos. Ello ocurrió en el seno de un colectivo donde los juegos psicopolíticos, las envidias, las ambiciones y las rivalidades personales formaban parte de los devenires profesionales. La admiración, el respeto y el reconocimiento se entrelazaban con el recelo: ya por sus cualidades personales excepcionales, ya por la heterodoxia de su pensamiento, ya por la ascendencia afectiva e intelectual que ejercía sobre Freud.

A pesar de que, al acercarse a Freud, Ferenczi contaba ya con 35 años (mientras que Freud tenía 52), su estilo transgresor y visionario lo convirtió en una figura singular dentro del movimiento psicoanalítico naciente. Su carácter innovador y disruptivo, junto a la audacia de su pensamiento, le valieron apelativos como el de “paladín y secreto Gran Visir” del maestro vienés, tal como lo denominó el propio Freud en una carta de 1929 (Jones, E. 1953. Tomo III). Ferenczi radicalizó algunas de las formulaciones freudianas iniciales, introduciendo dimensiones clínicas, éticas y epistemológicas que transformaron profundamente la técnica analítica. En este sentido, ha sido también calificado, en base a su propia autodefinición, como *l'enfant terrible* del psicoanálisis (Bokanowski, T.; Barande, I.; Dupont, J.; Monzón, I.), no sólo por su heterodoxia sino por la incomodidad que sus propuestas generaban dentro de la ortodoxia institucional. No sorprende, entonces, que se haya afirmado —de manera sintética pero elocuente— que, si para algunos Freud era el Profesor, Ferenczi era el Doctor (Dupont, 1992); que mientras el primero representaba la figura paterna del psicoanálisis, el segundo encarnaba su dimensión materna (Rachman, A., 2007); e incluso que, así como Freud habría inventado el psicoanálisis, fue Ferenczi quien verdaderamente lo encarnó (Haynal, 1988).

En síntesis, las miradas ajenas parecen organizarse en torno a tres ejes caracterológicos: su estructura afectiva, su innovadoras creaciones y su rol en lo institucional. Estos ejes, a su vez, comienzan a reflejar una configuración uretral pasiva marcada por la búsqueda de integración entre deseo de pertenencia, reparación vincular y fidelidad creativa, a la vez que permiten vislumbrar un núcleo órfico en su personalidad: un modo de ser atravesado por el mismo ‘*wise baby*’ y las maduraciones precoces que él delineó, y una fuente de tensión y ambivalencia entre ser y no ser, presencia y ocultamiento, admiración y desdén.

## FERENCZI VISTO POR SI MISMO: “ENFANT TERRIBLE”

Si puedes soportar oír la verdad que dijiste  
tergiversada por bribones para engañar a los necios,  
o ver cómo se derrumba lo que diste tu vida por construir,  
e inclinarte y reconstruirla con herramientas gastadas;  
(estrofa cuarta: ‘If’, Rudyard Kipling)

Los textos propiamente ferenczianos, a través de los cuales es posible indagar en sus autopercepciones, comienzan con sus primeras publicaciones reunidas en los llamados *Escritos de Budapest* (1899–1907) — recopilados gracias al esfuerzo de Claude Lorin—, seguidas por su extensa producción intelectual difundida en revistas especializadas de la época como la *Gyogyaszat* (Terapia), Orvosi Hetilap (Revista Médica Semanal de Hungría), Imago (1912) el Anuario de investigaciones psicoanalíticas y psicopatológicas, la Revista Internacional de Psicoanálisis (Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse Zentralblatt für Psychoanalyse (1910). A lo largo del siglo XX, sus escritos fueron objeto de recopilaciones selectivas —en ocasiones restrictivas— como *Selected Papers* (1950), *Œuvres choisies* (1974–1976) y *Contributions to Psychoanalysis* (1950), a las que se sumaron traducciones parciales al español, aunque sin una estructura sistemática hasta la publicación de las Obras Completas (4 tomos, Espasa Calpe, 1981). Años después se difundió el *Diario Clínico* (1931–1932), redactado en 1932, cuya primera versión apareció en Argentina bajo el sello Conjetural (1988), y cuya edición definitiva fue publicada por Amorrortu en 1985<sup>9</sup>. Posteriormente, tras una prolongada y compleja gestión con Anna Freud, encabezada inicialmente por Michael Balint y luego por Judith Dupont, se concretó la publicación de la Correspondencia con Freud (1908–1933), editada en tres tomos: Volumen 1 (1908–1914), Volumen 2 (1914–1919), Volumen 3 (1920–1933) *Les annes douloureuses*, aun no traducida al castellano, incluyendo correspondencia hasta poco antes de su muerte<sup>10</sup>.

Finalmente sumamos la Correspondencia con Groddeck (1912–1932), publicada en 2003 y las Circulares del Comité Secreto (1913–1921)<sup>11</sup>. A estos materiales se agregan los testimonios de observadores cercanos como Michael Balint (1952), Izette de Forest (1954) y Clara M, Thompson (1964) o Erich Fromm, seguidos por estudios pioneros de corte biográfico realizados por Judith Dupont (1974–2020), Claude Lorin (1983), Thierry Bokanowski (1994), Ilse Barande (1972), Martin Stanton (1991), Arnold Rachman (1997–2007). Pedro F. Villamarzo (2002), y Sergio Jiménez Avello (2010–2020) solo por citar algunos. En años recientes, el campo se ha ampliado con trabajos contemporáneos de carácter contextual o especializado, entre los cuales destacan los estudios de Judit Mészáros (2008), Pedro Boschan (2011), Jay Frankel (2002), Carlo Bonomi (2017), Franco Borgogno (1999) y Philippe Réfabert (2013), entre muchos otros investigadores que han contribuido significativamente a un creciente cuerpo bibliográfico dedicado al estudio de la figura y el legado de Ferenczi.

Explorar la mirada de Sándor Ferenczi sobre sí mismo resulta particularmente complejo, toda vez que ella se articula significativamente con su estructura de carácter, por un lado, pero también con su matriz identitaria (toda vez que una estructura o rasgo esquizoide-óseo activo la atraviesa). De hecho, lo identitario en él nos sorprende por dos características: por un lado, una marcada tensión entre su Yo social y su Yo ideal con su Yo vivido; y por otro, por las confusiones entre su ‘en sí identitario’ y su ‘para sí identitario’, particularmente en relación con la figura de Sigmund Freud; características que, finalmente, inciden en el desarrollo general de su biografía y la dinámica misma de su función de identidad.

Durante una conferencia en Oxford realizada en 1931, Ferenczi comentó de sí mismo:

“Sin querer medir mi importancia respecto a la de los colegas a los que he aludido, he de decir que soy conocido como un espíritu inquieto o, según me han dicho recientemente en Oxford, como el *enfant terrible* del psicoanálisis.” (Ferenczi, S 1931)

Este comentario suyo sirve como referencia con relación a su heteropercepción- alopercepción<sup>12</sup> de su Yo social (esto es, la forma en que se sabía o se pensaba visto por los otros), sin discriminar del todo cuánto es

autopercepción proyectada (alopercepción) y/o heteropercepción internalizada (índices de realidad). Pero no nos informa mucho sobre su homopercepción/autopercepción, su Yo vivido (la autopercepción de una imagen del Sí-mismo real, simbólica y/o imaginaria), ni mucho menos de las aspiraciones que conformaban su Yo ideal (en tanto Ideal del Yo o Yo Idolátrico, hipostasiada de su potencialidad). Es en este sentido que identificar sus autodefiniciones, comprende analizar sus juicios sobre cómo se sentía visto, como se veía a sí mismo y como quería verse, y en la vastedad de su obra no solo indagar sobre aquellos juicios vertidos explícitamente sobre sí mismo, de sus textos públicos, sino también aquellos que emergen —como relámpagos existenciales— en sus últimos escritos, particularmente el *Diario Clínico* y su *Correspondencia* tanto con Freud como con Groddeck.

Las primeras referencias a sí mismo provienen de su infancia y adolescencia, de donde surge una imagen temprana de sí como un niño emocionalmente inhibido, falta de ternura, marcado por la hipocresía moralizante del medio familiar. Esta división temprana lo muestra, externamente, como un niño tranquilo, obediente (con exceso de severidad), simpático, algo ensimismado, dulce, romántico y solitario; e internamente, como solitario, carente de afecto y, al mismo tiempo, sexualmente inquieto, interesado en la sexualidad, el malhablar (garabatos) y en fenómenos tanto normales como patológicos —la locura, la hipnosis y el ocultismo—: lo primero como expresión de un mundo extremadamente privado, y lo segundo como consecuencias epistemofílicas de intereses más profundos.

“... quizás por causa de mi madre —la madre de 11 niños vivos, de los cuales yo soy el octavo— era muy severa: según yo recuerdo, era seguro que de niño recibí de ella muy poco amor y mucha severidad. El sentimentalismo y las caricias eran desconocidas en nuestra familia.” [...] Sin embargo, los sentimientos de consideración y respeto hacia nuestros padres eran celosamente cultivados” [...] Así que yo me transformé en un excelente alumno con un secreto onanista; tímido, no dije jamás una palabra obscena, y no frecuenté jamás casa de prostituta teniendo plata para hacerlo.”

“Por aspereza e incompreensión me empujaron al papel del “mal muchacho”. El desprecio que me hacían, sensible sobre todo de parte de mi hermana mayor, de la que al parecer yo estaba perdidamente enamorado.”

No obstante, este contexto de marcada represión afectiva y sexual acompañado por un ideal de autocontrol moral, da pie a la expresión de acciones simbólicas de rebelión, y también de exploración sexual:

“Así que un día por casualidad ‘dejé caer’ en manos de mi madre la lista de todas las palabras obscenas que yo conocía. En lugar de recibir ayuda, de ser consolado, recibí un sermón moralizador”

“La imagen más evocativa fue la de una empleada que probablemente me permitió jugar con sus senos, pero luego apretó mi cabeza entre sus piernas, de modo que me asusté y sentí que me estaba sofocando”.

“(...alrededor de 5 años de edad, él me sedujo) permitiéndome meter su pene en mi boca. Yo recuerdo el sentimiento de asco que surgió fuertemente en mí [...] No le permití hacerlo por segunda vez”.

“Hallé un sustituto en la autosatisfacción apasionada. La autosatisfacción es siempre psicopática -división de la personalidad-, una parte satisface a la otra (mundo de fantasía)”.

Estas expresiones muestran una marcada dicotomía entre el deseo y la represión, la vivencia interna y el cumplimiento externo, y en la cual la autopercepción está atravesada por la tensión entre normas, deseo y afecto no correspondido. El niño exigido (mal acogido), poco amado, severamente educado y carente de expresividad afectiva da paso al excelente alumno, moralmente estricto, con una vida sexual secreta y una culpa internalizada, aunque inserto en un entorno moralmente sólido, de roles definidos y vínculos estables. En este contexto, la presencia del padre —de quien era el hijo favorito, y que muere tempranamente, cuando él tiene quince años— deja una marca afectiva e identitaria indeleble: como el “hijo amado”, pero también como el niño furioso por la pérdida del padre, al punto de desear provocar un incendio.

En sus recuerdos, esta figura paterna aparece investida de ternura, respeto y cierta complicidad afectiva, en contraste con la frialdad del ambiente familiar más amplio. La muerte del padre se convierte en un hito emocional, desde el cual se intensifican tanto el sentimiento de orfandad como la autoobservación constante, en la que el juicio moral y la vigilancia interna tienden a reforzarse, en conjunción con un giro hacia la identificación con un Ideal del Yo (“se alegrarán de conocerme”, “el dador de todo aquello de lo que han carecido”, “el sanador o curador del defecto del otro”). Ferenczi se percibe, a partir de esto, cada vez más desamparado, abandonado, indigno de amor y como un objeto al servicio del deseo del otro. Sin embargo, en este tiempo, externamente emerge un Ferenczi más vivencial y operativo, no necesariamente autocrítico o introspectivo, un sujeto autónomo, amistoso, no muy estudioso, dedicado a divertirse y pasarlo bien, sociable, con capacidad para establecer vínculos consistentes y estables (como con su hermano, con Miksa Schächter, o con Gisella), si bien marcados por la sobreadaptación, en conjunción con otros vínculos más rílicos y egóticos, donde su carisma funciona como entidad aglutinante

En este período de su adultez joven —durante sus estudios de medicina en Viena (entre los 17 y 21 años) y sus primeras funciones hospitalarias— se convierte en un miembro activo de la sociedad de Budapest, defensor de los derechos de los homosexuales y simpatizante de ideas socialistas. Participa en un colectivo afín compuesto por intelectuales, poetas, escritores y filósofos que se reunían en los cafés de la época, mostrándose entusiasta, participativo, alegre y afectuoso. Por otro lado, mantiene una relación clandestina con una mujer casada, Gizella Pálos, que pocos conocían. Este perfil identitario le permite crear redes y desempeñar roles sociales en los que se desenvuelve adecuadamente, profundizando vínculos especialmente en función de su capacidad de adaptarse —quizás miméticamente— a figuras de autoridad (“el pequeño Schächter”), al tiempo que desarrolla rasgos de gentileza, credibilidad, confiabilidad, compromiso intelectual, afabilidad y lealtad.

No obstante, paralelamente se siente tironeado por pulsiones internas, amores, pasiones y deseos inconfesables, que no siempre logra integrar y que interfieren, en ocasiones, en su continuidad emocional. Sin embargo, ello no impide la construcción progresiva de una identidad reflexiva, intelectualmente luminosa, capaz de dudar, dialogante, amplia en criterios, inquieta, culta y entusiasta. Estas dimensiones van configurando un desarrollo humano, profesional y social en consonancia con el *Zeitgeist* más vanguardista de su tiempo.

“Desde un largo tiempo que me refugio en una fiera reserva junto con mis sentimientos, sobre todo a quienes me rodean. Siendo muy exigente...” (carta de Navidad de 1921 a Groddeck.)

Finalmente, en el ocaso de su vida —tras una larga historia notable en sus logros y realizaciones—, su desarrollo da paso a un proceso de retorno que propende al acto de fusión identitaria, y que le permite verse en la dualidad de su self (sí-mismo) y del ser para el otro. En este período, sus autoapreciaciones se configuran como síntesis lúcidas y conscientes, cargadas de una densidad afectiva, capaces de articular los fragmentos identitarios a través de la comprensión de los efectos de sus propios traumas, de su moralidad infantil, de su necesidad de amor y dependencia hacia las figuras parentales, y de su capacidad de lucha y autoafirmación identitaria. Estas dimensiones se van articulando de la mano de características como la honestidad intelectual, el coraje introspectivo, las resoluciones identitarias y las mutualidades vinculares, que emergen como una de las máximas realizaciones y testimonios de su existencia, ya que se ven representadas por el conjunto de intelecciones aprendidas durante este periplo. Él ya no aparece como un modelo a seguir, ni como el par entre hermanos, ni como el hijo predilecto de Freud, ni siquiera como un teórico del trauma. Asume, en cambio, una posición más vivencial y encarnada: la de alguien que lo porta, lo escucha y lo sufre, intentando ofrecer al otro lo que quizás nunca recibió —presencia, ternura y autenticidad— desde un lugar que articula su ser afectivo, su sensibilidad clínica y su conciencia crítica.

Delante de mí se valió de la expresión: “Yo atomizo el alma.” Pero esa atomización, cuando se intenta seriamente, sólo puede terminar en la autodestrucción, porque el otro hombre es y seguirá siendo un secreto para nosotros; sólo podemos atomizar nuestra propia alma, y eso nos destruye. [...] ... estaba ya muy lejos de mí en un vuelo hacia las estrellas que yo no podía ni quería seguir. No puedo decirle más. Los acontecimientos externos de la vida de este hombre, tan raro entre los hombres, sólo han

tenido sentido en la medida en que señalaban que pertenecía a los que dan, una y otra y otra vez. (Carta a Groddeck a Gisella, 1933).

A lo largo de su vida, las autodefiniciones de Ferenczi se configuraron en torno a un tenso entrelazamiento —a veces armónico, a veces desgarrador— entre tres registros de identidad: el Yo vivido, entendido como la percepción íntima de sí mismo, ya sea recta u oblicua; real, simbólica o imaginaria; el Yo social, referido tanto a cómo uno es efectivamente visto por los otros (introyección heteroperceptiva), a cómo uno supone ser visto (proyección aloperceptiva); y el Yo ideal, concebido como representación teleológica de un querer recto de llegar a ser (Ideal del Yo), o bien de un querer oblicuo, compensatorio, normativo o reactivo (Yo Idolátrico). Esta tríada, vinculada a sus diversos patrones identitarios —Roles, Ego, Yo y Self—, sostuvo una tensión dinámica fundamental en su trayecto hacia la individuación.

## ANTECEDENTES IDIOSINCRATICOS

Si puedes reunir todas tus ganancias  
y arriesgarlas en una sola jugada,  
y perder, y volver a empezar desde el principio  
y nunca decir una palabra sobre tu pérdida  
(estrofa quinta: 'If', Rudyard Kipling)

Este apartado no pretende reconstruir una cronología biográfica exhaustiva de Sándor Ferenczi; para ello existen trabajos sistemáticos como los de Martin Stanton, Arnold Rachman, Claude Lorin y Judith Dupont<sup>13</sup> y muchos otros. Más bien, se propone delinear una estructura de análisis que permita identificar ciertos hitos significativos en torno al carácter, el desarrollo psicosexual y la función de identidad en Ferenczi, tomando como base las condiciones históricas, datos biográficos, experiencias tempranas y experiencias relevantes. Este ejercicio se apoya en la misma estructura utilizada en el trabajo dedicado a Georg Groddeck, solo que en esta ocasión está organizado sobre cinco ejes: en primer lugar, la inserción de la familia Ferenczi (anteriormente Fränkel) en la comunidad judía liberal de Miskolc (Hungría) y la organización interna del núcleo familiar —Baruch, Róza y el grupo de once (12) hermanos—; en segundo lugar, su entrada al mundo y los primeros años de vida, como etapa fundante de su experiencia psíquica; en tercer lugar, la relación con su padre, su madre y su sexualidad infantil, entendida como una temprana marca afectiva que dejó huellas en su aparato psíquico; en cuarto lugar, sus vínculos y pérdidas significativas; y, finalmente, en quinto lugar, sus relaciones significativas, especialmente con Sigmund Freud y Georg Groddeck como figuras cruciales en su proceso de individuación. Estos cinco vectores configuran el núcleo holótico —corpóreo, representacional y relacional— de su llegada al mundo, así como de sus experiencias psicoafectivas tempranas, marcadas por la acogida (o su ausencia), por las huellas de carencia afectiva y por las vivencias fundantes y procesuales que impactaron de manera decisiva en la configuración de su función de identidad, en el curso de su desarrollo psicosexual y en la estructuración posterior de su carácter y personalidad.

### Historia familiar y características del núcleo familiar

De origen polaco y oriundos de Cracovia, tanto Bernát (1829) como Róza (1840), ambos de religión judía, se trasladaron a Hungría en una época marcada por tensiones políticas y raciales. Él, un joven impetuoso, que pronto se convirtió en combatiente del ejército húngaro; ella, aún una adolescente, miembro de una clase acomodada, urbana y educada, que llega vía Viena. Ambos se insertaron en un proceso migratorio centroeuropeo característico del siglo XIX, en el que numerosos judíos asimilacionistas buscaban integrarse a la vida económica y cultural de las nuevas naciones emergentes, especialmente en ciudades como Miskolc —no muy lejos de Budapest—, que ofrecían mayores márgenes de movilidad social. Esta integración, sin embargo, se produjo en un contexto ambivalente: mientras se abrían posibilidades de ascenso a través del comercio, la imprenta y las artes liberales, persistían formas latentes de exclusión y antisemitismo. Esto llevó a muchos inmigrantes —como los Ferenczi— a modificar sus apellidos, ajustar su lengua y reorganizar sus redes familiares para lograr reconocimiento y estabilidad. En 1858, contrajeron matrimonio —él (en su

segundo matrimonio) con 29 años, ella con 18—, y la década siguiente estaría marcada por la construcción de una sólida plataforma económica y cultural: primero, con la adquisición de la librería de Michael Heilprin —una “librería radical y patriótica” en el centro de la ciudad—; y más tarde, con la consolidación de Bernát como empresario de una combinación de librería, biblioteca de préstamos, editorial y oficina de oradores, que se convirtió en un centro de la vida cultural en Miskolc, además de una empresa vitivinícola en una villa en las afueras de la ciudad. Róza, por su parte, lo apoyaba activamente mientras gestaba y criaba a siete hijos antes del nacimiento de Sándor, en 1873. Los Ferenczi encarnaban el perfil de una familia judía liberal, culta, en proceso de ascenso y transculturación dentro de la sociedad húngara de la segunda mitad del siglo XIX. Su hogar, adyacente a la librería y situado en pleno centro urbano, se convirtió en los años siguientes en un espacio de encuentro para artistas, poetas, músicos e intelectuales, tanto locales como extranjeros, donde se hacía música de cámara en familia, se discutían ideas, y se respiraba un ambiente de efervescencia cultural. (Stanton, M., 1990)

Progresivamente, la familia Ferenczi fue creciendo, y al momento de nacer Sándor —en 1873— sus hermanos tenían 13, 12, 11, 8, 5, 4 y 1 año respectivamente (en paralelo, Freud tenía 17 años y Groddeck, 7). Si bien el ambiente ha sido descrito como estimulante, abierto, alegre y permisivo (según Magda, una de sus hermanas), comienza a ser comprensible la vivencia interna de desamor, carencia afectiva o falta de ternura que Sándor experimentó en relación con la atención a sus necesidades emocionales más íntimas, especialmente en lo referido a su ‘función de reverie’. Entre los 4 y los 10 años de edad, Sándor vivirá tanto el nacimiento de sus hermanos menores (a los 4, 5, 6 y 10 años), como la muerte temprana de Vilma, una hermana recién nacida (a los 5 años), lo que probablemente incidió en su vivencia de desamparo infantil<sup>14</sup>. Criado en el seno de una familia burguesa en ascenso, social y culturalmente favorecida, con sus necesidades primarias materialmente satisfechas, Ferenczi crecerá en una estructura familiar moralmente sólida, de elevados intereses intelectuales y con un horizonte escolar asegurado desde etapas muy tempranas..

Aplicado al caso Ferenczi, este enfoque permite comprender cómo una familia de la burguesía media liberal del siglo XIX, comprometida con valores ilustrados, nacionalistas y progresistas, organizada en torno a una ética del deber y de la productividad, inscribe a sus hijos —varones y mujeres— en un proyecto formativo orientado a “hacer ciudadanos”: educados, útiles, culturalmente instruidos, y moralmente consistentes. Pero también cómo, en ese mismo entorno, surgen clivajes, sombras o desplazamientos que no responden al plan ni a la estructura original, donde surgen fisuras y grietas —entre lo prescrito y lo vivido— donde comienza a dibujarse la singularidad de un sujeto como Sándor Ferenczi.

### **Llegada al mundo y primeros años de vida.**

Sándor nace cuando su madre tiene treinta y tres años, tras quince años de matrimonio y siete hijos previos. El embarazo ocurre un año después del nacimiento de su hermana Gizella, en un contexto familiar donde la vida cotidiana transcurre entre los deberes domésticos, las exigencias laborales y el esfuerzo por consolidar una identidad cultural en medio de las tensiones sociales de la época. La madre, Róza, llevaba una impronta maternal fuerte y práctica, marcada por el rigor doméstico y el cuidado constante de sus numerosos hijos. En este marco, resulta difícil pensar en Sándor como un hijo particularmente deseado en sentido individual, aunque la maternidad biológica —con una madre fértil, de “buena entraña”— estaba activa. Además, existía una estructura sociocultural y moral que configuraba un continente sólido, hospitalario y funcional, sostenido en los valores de la época. No obstante, si atendemos a las propias intelecciones que Ferenczi desarrollaría posteriormente —así como a su testimonio existencial—, es posible hipotetizar la presencia de múltiples elementos estructurantes: desde el hospitalismo o depresión anaclítica descrita por Spitz, hasta signos de maduración precoz formulados por el propio Ferenczi; desde vivencias intrapsíquicas de desamparo temprano, hasta la emergencia de mecanismos órficos, pasando por dinámicas complejas de filiación, rivalidad fraterna, triada edípica e imaginario erótico, y estrategias compensatorias propias del niño mal acogido afectivamente

Todo ello configura una peculiar estructura —no infrecuente en este periodo victoriano— de una infancia en la que estaban resueltas las necesidades básicas (según la jerarquía de Maslow) y de filiación, tanto en lo material como en ciertos aspectos relacionales, pero en la que se evidenciaban carencias notables en el plano relacional profundo, en la educación sexual y en los derechos infantiles mínimos. Es decir, una constelación

en la que las interacciones entre necesidades, deseos y objetos estaban materialmente satisfechas, pero emocionalmente fragmentadas o ausentes en su dimensión simbólica y afectiva más esencial. La infancia de Ferenczi transcurrió en un entorno marcado por un orden socio-cultural y moral burgués, y un dinamismo intelectual que le ofreció un entorno estimulante en las letras, los libros y las ideas. Durante su formación escolar —y la de sus hermanos—, este ambiente contribuyó a un notable interés por el conocimiento, la lengua y la comunicación escrita. Al mismo tiempo, su lugar en la fratría lo colocaba en una situación peculiar: como hijo predilecto de su padre, estrechamente vinculado a su hermano Zigmund (Sigmund) y admirador —con una ternura teñida de erotismo infantil— de alguna de sus hermanas mayores (¿Ilona, Rebus-María?), que habría incidido relevantemente en la configuración temprana de su imaginario erótico.

Entre cuidados de nodrizas y dinámicas fraternas, el siguiente embarazo de su madre —cuatro o cinco años después del nacimiento de Sándor— se entrelazó con dos acontecimientos significativos: el nacimiento de un nuevo hermano (Károly Móricz) y, un año después, el nacimiento y fallecimiento de una hermana, Vilma, quien murió el mismo año de su nacimiento, probablemente a causa de difteria. A medida que se desarrollaba, Ferenczi mostraba signos de ser un niño observador, sensible y profundamente afectivo. Ya en sus primeros años —a medio camino entre la admiración hacia sus hermanos mayores y un sentimiento persistente de exclusión o inferioridad frente a ellos— revelaba una inclinación a la introspección, una marcada tendencia al ensimismamiento y una necesidad constante de agrandar y ser reconocido. Al mismo tiempo, desarrollaba una aguda autoconciencia respecto de sus emociones más intensas —como la rabia y el erotismo—, al punto de llegar a percibirse a sí mismo, en ocasiones, como una “mala persona”. Esta característica sería esencial en su desarrollo posterior, en tanto expresión de una autoconciencia excesivamente autocrítica y de una hiperadaptación exitosa al entorno.

Durante su infancia, Ferenczi estudió en el colegio protestante de su ciudad y asistía a la sinagoga, y completa sus estudios secundarios en el Instituto de Reforma Principal de Miskolc en el verano de 1890. Aquel mismo año, siendo aún miembro de la congregación judía local, se trasladó a Viena para estudiar Medicina, carrera de la que se diplomó en 1894. En una familia tan numerosa como la de los Ferenczi, la vida emocional de un niño transcurre dentro de una compleja constelación: por un lado, una cotidianidad rica en compañía, estimulación constante, interacción fraterna y socialización temprana; por otro, un terreno fértil para la vivencia de carencias afectivas, soledad subjetiva, deprivación emocional y sensación de invisibilidad. La intensidad de los vínculos entre hermanos —mezcla de afecto, competencia, admiración y rivalidad—, junto con la atención necesariamente fragmentada de los padres, genera un entorno complejo, donde el niño puede sentirse simultáneamente rodeado y desatendido, vitalmente implicado y emocionalmente solo. Esta coexistencia de polaridades —presencia y ausencia, cuidado y descuido, juego y exclusión— configura un entramado afectivo que dejará marcas profundas en la vida interior de Ferenczi, a la vez que estimulará su aguda sensibilidad y capacidad reflexiva.

Será en este peculiar contexto, a la vez nutritivo y carencial, donde comenzarán a gestarse —desde lo invariante, lo evolutivo, lo contextual y lo circunstancial— aquellas características que permiten comprender su singular configuración como figura significativa: una presencia psíquica situada entre el místico y el mártir; esto es, en palabras de Freud, “el hermano mayor entre los pares”, aunque quizá más acertadamente entre un pro-hombre, un sabio y un visionario. Su singularidad emocional y ética representa el testimonio de un desarrollo excepcional, que conjuga recursos adaptativos y resilientes con una autoconciencia emocional profunda, sin lograr, sin embargo, trascender del todo las limitaciones estructurales que le impidieron alcanzar una individuación plena. A pesar de su capacidad de introspección, su lucidez de autoconocimiento, su hiperconciencia emocional, su aguda autocrítica y una notable habilidad para captar los matices del sufrimiento psíquico ajeno —reflejos de una sensibilidad extraordinaria y de una visión terapéutica adelantada a su tiempo—, Ferenczi, habiendo accedido a su genuina condición identitaria, murió sin haber resuelto por completo sus propias fracturas internas, ajeno quizás a la belleza radical de su existencia.

Las biografías acerca de él, perdidas entre funciones pragmáticas, significantes flotantes, significados oscilantes y datos suprasedimentarios, ha tendido a resaltar ciertos rasgos críticos: una afectividad inmadura, una necesidad excesiva de afecto, una labilidad emocional y una tendencia a la sobreidentificación con el dolor del otro. Estas interpretaciones exacerbaban las tensiones entre el Yo social, el Yo vivido y el Yo ideal, atribuyéndole al místico la mirada confusa del sonámbulo que no distingue el árbol del bosque. Así, se ha omitido considerar lo atributivo, lo

distributivo, lo configuracional y lo procesual en su subjetividad, lo que constituye uno de los mayores errores al momento de valorar la densidad y la dignidad de su testimonio existencial.

### **Antecedentes familiares paternos y maternos<sup>15</sup>**

**Padre:** Bernát Ferenczi (originalmente Baruch Fränkel (1829-1889)), Figura central en la vida temprana de Sándor Ferenczi, Bernát encarnó un modelo masculino robusto, respetable y culturalmente comprometido. Nacido en 1829, se trasladó con su familia a Hungría a los catorce años, donde rápidamente adquirió el idioma húngaro, tanto en su forma hablada como escrita. A los dieciocho años se mudó a Eger, donde aprendió el oficio de librero en la tienda de su hermano, y poco después se alistó en el ejército húngaro, combatiendo en el 81º Batallón de Honvéd. Tras la derrota de las fuerzas revolucionarias en Világos, debió esconderse, hasta asentarse en Miskolc, donde fue acogido por Mihály Heilprin, quien se convertiría en su mentor, amigo y futuro pariente. De su mano, Bernát expandió su horizonte cultural aprendiendo francés, inglés e italiano, lo cual cimentó su identidad como hombre ilustrado, autodidacta y comprometido con el progreso. En Miskolc, Bernát se estableció como librero y comerciante, destacándose también como escritor técnico, vicepresidente de la Unión de Libreros Húngaros, productor de vino, miembro de instituciones cívicas y presidente de la Cámara de Comercio de la ciudad. En 1880, un año después de cambiar oficialmente el apellido familiar de Fränkel a Ferenczi, fue elegido por unanimidad presidente de la Cámara, consolidando su prestigio dentro de la comunidad local. Poseía una bodega en la colina Tetenvár y un viñedo en la colina Avás, lugares que formaban parte de su rutina diaria. (Kapusi, K., 2010)

Sándor Ferenczi fue su hijo predilecto y desarrolló con él un vínculo especialmente estrecho, el pequeño lo acompañaba diariamente a los viñedos, una práctica que, más allá de su carácter cotidiano, cimentó en el niño una conexión emocional profunda y formativa. Ferenczi admiraba e idealizaba a su padre: absorbió su espíritu revolucionario, su amor por la cultura, su pensamiento libre y su ejemplo cívico. La temprana exposición a estas ideas se convertiría en una matriz fundamental de su identidad. La muerte de Bernát, ocurrida en 1888 tras una larga enfermedad, marcó profundamente a Sándor, quien tenía entonces quince años y atravesaba el delicado proceso de consolidación de su identidad. Ferenczi, en sus propios escritos, testimonia la intensidad de esta experiencia y la idealización que mantenía hacia su padre: “carecía de la absoluta confianza en uno mismo, que solo puede venir de la ignorancia” (Ferenczi, 1909, citado en Nemes, 1988, p. 245), una frase que revela el impacto ambivalente de una figura paterna tan admirada como inalcanzable. Al día siguiente del fallecimiento de su padre, en un acto cargado de simbolismo sacrilego y desesperado, Sándor se apropió de una ampolla de éter que se había utilizado para intentar reanimarlo, se encerró en un espacio apartado y le prendió fuego. Consciente del carácter transgresor del gesto, luego experimentó remordimientos y tomó una decisión íntima: honraría la memoria de su padre recordándolo al menos una vez cada día, por el resto de su vida (citado en Nemes, 1988, p. 245).

**Madre:** Róza Frenkel<sup>16</sup> (Eybeschütz /Eibenschütz) (1840-1921). Róza Eibenschütz fue una mujer de origen judío polaco, criada en Viena, que desempeñó un papel significativo en la vida familiar y comunitaria en Miskolc; su carácter fuerte y su estilo de crianza dejaron una huella profunda en la vida y obra de Sándor Ferenczi. Ella tuvo un rol activo tanto en el hogar como en la comunidad: además de gobernar la numerosa familia, acompañaba a su marido en las actividades laborales, sociales y públicas, y participaba activamente en la comunidad, presidiendo la Unión de Mujeres Judías de la ciudad. Tras la muerte de Bernát, en 1888, continuó con el negocio con tanto éxito que logró asegurar a sus hijos las condiciones necesarias para que cada uno pudiera elegir libremente su carrera (Henrik, Sándor y Lajos serían médicos). Róza, decididamente una mujer de empresa, tomó a su cargo la dirección de la librería y la imprenta, y además abrió una sucursal en Nyíregyháza, que dirigió hasta que su hijo Károly pudo reemplazarla.

Ferenczi describió a su madre como una figura severa, enérgica y distante, y comentó haber recibido “demasiada rigidez y muy poco amor”. Se ha querido ver —tanto por la comunidad analítica como por Sándor mismo— que esta percepción de una madre estricta y poco afectuosa influyó en su desarrollo emocional y en su posterior enfoque terapéutico, acentuando su profunda necesidad de afecto a partir de la cual y mediante la representación por defectualidad, habría inaugurado una serie de parámetros tales como la importancia de la empatía, la apertura emocional, la ternura en la relación analítica, la compasión, los mecanismos y procesos órficos y la mutualidad,

entre otros.

Sin embargo, los desarrollos vitales posteriores no dan cuenta de esa marca —excepto la no paternidad como hecho fáctico, a pesar de que las dos hijas de Gizella fungen como hijas putativas—, enmascarando la tensión identitaria más importante, relacionada con la identidad real y la aparente (descrita en el apartado *Carácter y Personalidad*).

“¿Quería demasiada atención o mi madre era demasiado estricta? Tal como lo recuerdo, ciertamente no recibí suficiente amor, y recibí demasiada severidad de ella cuando era niño. [...] Era muy severa: según yo recuerdo, era seguro que de niño recibí de ella muy poco amor y mucha severidad. El sentimentalismo y las caricias eran desconocidas en nuestra familia. De ahí que cultivé muy celosamente sentimientos como respeto al pudor respecto de los padres, etc. ¿De tal educación podía resultar otra cosa que no fuera la hipocresía? Preservaba las apariencias, como ‘ocultar los malos hábitos’: eso era lo más importante.”

Mucho se ha escrito sobre la relación afectiva de Sándor y su madre, a pesar de lo particular de las circunstancias de una familia numerosa, y de los testimonios que señalan en una dirección más intrapsíquica que relacional, priorizando las dificultades del vínculo emocional cercano con la madre más que una particular relacionalidad surgida de estas circunstancias<sup>17</sup>. Róza muere en 1921, cuando Sándor tiene 48 años, y dos años después de su matrimonio con Gizella, durante el mismo año en que conoce a Groddeck. En ese sentido, no deja de ser llamativo el texto de su lápida: “Mis hijos, no lloren. He encontrado la calma y el descanso al lado de su amado padre, que buscaba en vano en la tierra.”

Consideramos en este recorrido el artefacto bioanalítico tetrádico, entendido como un dispositivo procesual que articula lo invariante, lo evolutivo, lo contextual y lo circunstancial, en un esfuerzo por captar los distintos planos significativos de su biografía.<sup>18</sup> Desde esta perspectiva, el entramado familiar puede pensarse a partir de esas cuatro dimensiones: lo ‘invariante’, en relación con aquellas condiciones humanas constantes a lo largo del tiempo, como la necesidad de vínculo, la transmisión generacional o la función estructurante de la crianza; lo ‘evolutivo’, vinculado a procesos de desarrollo sostenido —como el ejercicio progresivo de la paternidad, el desarrollo psicosexual, la escolarización o el despliegue de capacidades cognitivas y vinculares—; lo ‘contextual’, determinado por las coordenadas históricas, sociales y culturales de la Hungría liberal del siglo XIX, marcada por tensiones nacionalistas, movimientos emancipatorios y conflictos de identidad; y lo ‘circunstancial’, entendido como el conjunto de eventos singulares e imprevisibles que, sin modificar las condiciones invariantes, imprimen su sello concreto sobre ellas —como la muerte temprana de una hermana, una enfermedad, un accidente, una situación traumática o una alteración vincular significativa—.

### **Vínculos y pérdidas afectivas**

La vida de Sándor Ferenczi se construye —como la de gran parte de su generación, aunque en él con un matiz singular— a partir del encuentro reiterado con la muerte mediante una serie de pérdidas y duelos significativos, en distintos niveles —personales, profesionales y sociales— que marcaron su trayectoria vital y, dada su profunda sensibilidad, debieron impactar hondamente su existencia. Si reflexionamos sobre esta condición particular —la de testigo presencial de múltiples muertes significativas, muchas veces vividas de forma directa, sin mediaciones ni velamientos simbólicos— y la vinculamos con su sensibilidad extrema ante el sufrimiento humano, se hace comprensible inferir que gran parte de su pensamiento teórico y su práctica clínica estuvieron orientados por la necesidad de lidiar primero, calmar después y aprender finalmente del dolor. En ese camino, su exploración del trauma —donde la muerte aparece como el trauma último e inevitable— se entrelaza con una ética de la ternura, la mutualidad y la reparación.

El primer gran quiebre afectivo en la vida de Ferenczi ocurre en su primera infancia, con la muerte de su hermana menor Vilma, fallecida durante su primer año de vida, cuando Sándor tenía apenas cinco años. La figura de esta hermana muerta quedó inicialmente excluida de su memoria consciente, pero reaparecerá esporádicamente años más tarde como un eco silenciado. Este acontecimiento marca su encuentro inaugural con la muerte en el seno familiar, dejando una impronta temprana que moldeará su percepción de la pérdida, del dolor y de la fragilidad humana.

A los 15 años, en 1889, muere su padre, Baruch Ferenczi, en una pérdida que representa una ruptura decisiva en el vínculo más significativo de su adolescencia. Se ha afirmado que Sándor era el hijo preferido, y existen testimonios —como el intento de provocar un incendio con una ampolla de éter tras la muerte de su padre, seguido por un gesto de arrepentimiento profundo— que dan cuenta de la intensidad emocional del duelo. Este episodio puede leerse como la expresión de una lucha interna entre el dolor y la elaboración de una respuesta ética, transformando su furia en actos de bondad, posiblemente a modo de formación reactiva frente a emociones más primitivas e incontenibles. Tras la muerte del padre, la figura materna —Rosa, de fuerte carácter— comienza a replegarse parcialmente de su rol afectivo, no por indiferencia, sino por necesidad, viéndose obligada a asumir el control de la economía familiar, expandiendo incluso el negocio del hogar. Su presencia se vuelve más funcional que disponible. No hay indicios de que Sándor apoyara activamente estos esfuerzos empresariales, sino más bien señales de un proceso temprano de individuación e independencia afectiva respecto de su madre.

Ya titulado como médico en 1894, y tras un año de servicio militar como doctor, Sándor Ferenczi inicia su carrera profesional en Budapest, donde ejerce como médico general y psiquiatra en diversos hospitales. Una de sus primeras experiencias significativas ocurre en el Hospital de la Hermandad de San Rocco (Szent Rókus Kórház), uno de los más antiguos de Hungría, donde aprende técnicas de hipnosis y sugestión. Posteriormente, trabaja en el Hospicio Elizabeth de Budapest, atendiendo a pacientes indigentes, prostitutas, enfermos crónicos y desamparados. No resulta difícil colegir que la miseria, el dolor y la muerte eran condiciones cotidianas en su práctica clínica. Durante la Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1918, Ferenczi fue reclutado como médico militar y asignado a un hospital de campaña del ejército austrohúngaro (Pápá). Trabajó principalmente en el Hospital Militar de Budapest (Honvéd Kórház) y en otras instalaciones provisionales destinadas al tratamiento de soldados heridos y traumatizados por la guerra. En sus cartas y diarios, Ferenczi menciona irónicamente que “se aburría tremendamente” durante su servicio, aunque esa frase encubre, probablemente, el hastío moral frente a la repetición del horror. Estos contactos tempranos con sectores marginalizados de la población —donde el sufrimiento físico y psíquico se entrelazaban sin mediación— y las posteriores experiencias durante la Gran Guerra lo posicionan como testigo directo del dolor y sufrimiento de cuerpos y psiques desgarradas por una dimensión de lo traumático que excedía lo clínico.

Treinta años después, en 1921, cuando Ferenczi tiene 48 años, pierde a su madre Rosa. Esta muerte se entrelaza con la pérdida de varios de sus hermanos: Henrik Ferenczi, médico como él, fallece en 1912 a los 52 años; Miksa Ferenczi había muerto en 1906, a los 45 años. En total, Ferenczi sobrevive a cinco de sus ocho hermanos, de los cuales tres mueren entre 1900 y 1920. Si bien los registros varían, lo cierto es que Sándor asiste, como sobreviviente, a la paulatina disolución de su red primaria de vínculos familiares, lo que lo sumerge en una revisión intensa de su historia emocional. Durante esos mismos años, Ferenczi acompañó a Freud en dos pérdidas profundamente dolorosas: la muerte de su hija Sophie (1920), a causa de la gripe española, y la de su nieto Heinerle (1923), por tuberculosis, compartiendo el hondo pesar vivido por Freud.

A estas pérdidas se suman las muertes prematuras o trágicas de algunos de sus interlocutores analíticos más cercanos: en 1919, muere Viktor Tausk, joven médico y analista austríaco, hallado sin vida en Viena, en un caso considerado generalmente como suicidio. Poco antes, en 1920, había fallecido Anton von Freund de cáncer, y Otto Gross, psiquiatra revolucionario y figura marginal, en condiciones decadentes y abandonado incluso por sus colegas; en 1923, muere Herbert Silberer, pensador complejo del entorno psicoanalítico vienés, en circunstancias que también sugieren el suicidio, tras años de tensiones con el núcleo ortodoxo; en 1925, muere Karl Abraham, influyente miembro del Comité Secreto, aliado y colega de Ferenczi, con quien compartió posiciones teóricas avanzadas y profundas discrepancias teóricas y personales.

Ferenczi fue, en suma, un testigo de primera línea de muertes no naturales, expuesto de forma reiterada a experiencias de pérdida, dolor y fragilidad existencial. Esta secuencia no debe entenderse como simple trasfondo biográfico, sino que más bien constituye una matriz vivencial profunda desde la cual su pensamiento se aproxima al reconocimiento del sufrimiento como núcleo de la experiencia humana, con la convicción de que solo al metabolizar el trauma puede surgir un aprendizaje transformador. Aun así, no siempre logró resolver la tensión entre la voluntad de vivir y la alegría de vivir, conflicto que atravesó su existencia hasta sus últimos días.

## Relación con Sigmund Freud y con Georg Groddeck

**El vínculo con Sigmund Freud (1908–1925\{33})**: Dada la vastedad, complejidad y densidad histórica del vínculo entre Sándor Ferenczi y Sigmund Freud —que de por sí ameritaría un análisis exclusivo, al igual que el de Georg Groddeck—, este apartado no pretende reconstruir exhaustivamente la cronología de los hechos ni las controversias teóricas, sino presentar algunos eventos estructurales para entender la personalidad de Ferenczi, en tanto expresan aspectos esenciales y evolutivos de su subjetividad, sus derivas relacionales, su deseo de autenticidad y su necesidad de individuación. La relación con Freud, de aproximadamente veinticinco años, atravesó distintas fases que reflejan las vicisitudes de un vínculo humano intenso, profundo, rico en matices y no exento de numerosos momentos de cercanía afectiva, conflictos relacionales y distanciamiento, y que pueden organizarse en cuatro etapas principales:

**1.- Admiración formativa y búsqueda de afiliación (1897–1908)**: Mientras se desempeña como Director del Departamento de Neurología del Hospital de la Hermandad de San Rocco en Budapest, y representa localmente al Comité Humanitario Internacional para la Defensa de los Homosexuales —en un contexto médico y político aún ambiguo—, Ferenczi reconsidera profundamente la obra de Freud, influido por los nuevos desarrollos en la psicopatología experimental, especialmente tras la publicación del test de asociación de palabras por Carl Gustav Jung (1906), quien actuará como mediador para establecer el primer contacto personal entre ambos. Gracias a las gestiones de Jung, Ferenczi es invitado en 1908 al Primer Congreso Psicoanalítico de Salzburgo. En esta etapa se posiciona como un discípulo fervoroso, seducido por la figura paterna del fundador y comprometido afectiva e intelectualmente con la ‘Causa’, buscando aprobación y reconocimiento dentro de un movimiento aún marginal, en vías de institucionalización..

**2.- Alianza íntima y colaboración técnica (1909–1923)**: Se convierte en uno de los interlocutores más cercanos de Freud, especialmente en lo relativo a la técnica analítica. Se integra al Comité Secreto (1912) y propone diversas innovaciones: teorías (*Introyección y transferencia* (1909); *Los estadios en el desarrollo del sentido de realidad* (1913); *El desarrollo de la técnica psicoanalítica*, en colaboración con Otto Rank (1913–1914); clínicas (introducción de la técnica activa, atención a la transferencia y contratransferencia, uso empático del encuadre y ejemplificación como recurso interpretativo); e institucionales (creación de la *Asociación Internacional Psicoanalítica* (1910), fundación de la *Sociedad Psicoanalítica de Budapest* (1913). Es reconocido y elogiado como uno de los referentes nucleares de la ‘Causa’, si bien no exento de conflictos, rivalidades e intrigas derivadas de los juegos psicopolíticos del entorno freudiano, especialmente tras el episodio de Palermo (1910) y durante los debates internos del Comité entre 1912 y 1914. A partir del llamado “incidente de Palermo” puede situarse el incipiente inicio de una tercera fase en la relación Freud–Ferenczi, marcada por una progresiva diferenciación teórica y afectiva.

**3.- Tensiones entre Freud y Ferenczi (1924 y 1930)**: Durante estos años se intensifican las tensiones entre Freud y Ferenczi, marcando una fase de distanciamiento progresivo sin ruptura pública. Ferenczi, junto a Otto Rank, impulsa la “técnica activa” y propone límites temporales al análisis, lo que genera un fuerte rechazo dentro del Comité Secreto. La publicación de *El trauma del nacimiento* (Rank, 1924) — que coloca la ansiedad del nacimiento por sobre el complejo de Edipo— agrava la disidencia, y Rank es marginado ese mismo año. Ferenczi, por su parte, continúa desarrollando una clínica centrada en la empatía, la contratransferencia y la mutualidad, siendo el caso de Elizabeth Severn un ejemplo decisivo. Freud observa con creciente inquietud estas desviaciones, considerando a Severn como una influencia negativa (el “*genio maligno*”). Esta fase marca un distanciamiento sostenido —tanto personal como teórico— entre Freud y Ferenczi, aunque sin romper el reconocimiento mutuo en el plano público: pese a las discrepancias privadas, ambos mantuvieron hacia el exterior una relación respetuosa y continuaron reconociendo sus respectivas contribuciones al movimiento psicoanalítico.

**4., Ruptura silenciosa y lealtad resignada (1926–1933)**: aunque no hay una ruptura formal, la relación entre Freud y Ferenczi se enfría considerablemente en los últimos años. Freud desautoriza públicamente varias de sus propuestas clínicas, lo critica por su alejamiento del movimiento y contribuye a instalar una imagen ambigua: la de un clínico original y valioso, pero excesivamente “emocional” e inestable. Sin

embargo, Ferenczi mantiene una lealtad personal hasta el final, sin deslizarse hacia la devaluación pública ni la negación doctrinal. Su decepción es privada, silenciosa, introspectiva, como bien queda consignado en su epistolario con Groddeck (1928–1932) y en su *Diario clínico* (1932–1933), y se expresa más en sus síntomas que en sus palabras. Surgen severas irrupciones psicósomáticas —ya presentes desde 1917, antes de su matrimonio con Gizella Pálos— que reaparecen con fuerza durante esta etapa de conflicto larvado, coincidiendo con los momentos de aparente desencuentro con Freud. Las divergencias en torno a la teoría del trauma, particularmente su propuesta de *Confusión de lenguas* (1931), la crítica de Freud en la llamada “*carta del beso*”, y la escena final —la negativa de Freud a estrechar la mano de Ferenczi tras la lectura del texto, dejándolo con la “mano extendida”<sup>19</sup>— condensan un punto de fractura no explícito, pero profundamente doloroso, en tanto desmentida simbólica de una relación sostenida a lo largo de los años. Freud no pudo aceptar plenamente el derecho de Ferenczi a su autonomía; y Ferenczi, a su vez, no logró comprender que los años de sobreadaptación al maestro hacían inconcebible para Freud flexibilizar su posición. Es aquí donde, si bien el hijo no mata al padre (como en el mito de Edipo), tampoco logra devenir plenamente en “el hijo que es el padre del hombre”. A pesar de que el vínculo no se destruye, ya se había incubado el germen de una tragedia silenciosa: Freud, quizás, prefirió torcer la historia para conservar su lugar en ella, aun a costa de devorar a su hijo —como un nuevo Cronos, que en lugar de tragar cuerpos, asimila destinos.

### **El vínculo con Groddeck (1921–1932)**

En contraste con el vínculo vertical, idealizado y cargado de tensiones irresueltas que mantuvo con Freud, la relación entre Sándor Ferenczi y Georg Groddeck —establecida de forma tardía a partir de 1921— representa un encuentro horizontal, resonante y profundamente liberador. Tras un inicio ambivalente y ciertos malentendidos iniciales, ambos clínicos descubren un terreno común: comparten una sensibilidad clínica no ortodoxa, una visión somatopsíquica del sufrimiento humano y una inclinación a explorar los márgenes del pensamiento médico y psicoanalítico convencional. Después de un acercamiento en el Congreso de La Haya (1920) y de un íntimo intercambio epistolar, Ferenczi visita por primera vez a Georg Groddeck en Baden-Baden (1921), motivado por sus dolencias físicas y psicósomáticas, iniciándose así una relación profunda y duradera entre ambos. Durante la década siguiente (1921–1932), Ferenczi realiza nueve estadias en Baden-Baden, acompañado por Gizella, y deriva allí a miembros de su círculo íntimo, como Elma, Lajos, Vilma y Frederic Kovács. Ambos sostienen un rico intercambio epistolar, del cual se conservan varias cartas de Ferenczi y solo una de Groddeck. De esas estadias en Baden-Baden surgen los primeros indicios de un tratamiento bidireccional que Ferenczi denominará ‘mutualismo’, a medida que ambos discuten temas clínicos y teóricos —especialmente en lo relativo a la comprensión del síntoma, el trauma, la transferencia, la contratransferencia, el rol del analista y la importancia de la empatía y la implicación emocional en el proceso terapéutico—, abordando también sus respectivas transferencias hacia Freud.

A diferencia de la estructura jerárquica que marcó su vínculo con Freud, Ferenczi encuentra en Groddeck un interlocutor par, con quien establece una relación de mutua influencia, respeto y confidencialidad. Esta relación no se limita al plano epistolar ni teórico; incluye también momentos de asistencia clínica recíproca y una amistad intelectual que favorece la emergencia del Ferenczi más genuino. Él le dirá a Groddeck: “Yo deseo, el Ello desea, no una interpretación analítica, sino algo real: una mujer joven, un niño” (carta de Ferenczi a Groddeck, Navidad de 1921), en un vínculo en el cual se permite expresar con mayor claridad su sensibilidad herida, sus ambivalencias persistentes y su crítica larvada —acumulada durante años— hacia la figura de Freud y hacia ciertos dogmas de la ortodoxia analítica.

La comunión de espíritus entre ambos —que algunos han caracterizado como la de “almas gemelas”— no estuvo exenta de disensos explícitos: Groddeck, por ejemplo, desacreditaba el término bioanálisis y reprochaba a Ferenczi su tendencia a fragmentar excesivamente la experiencia psíquica (“no existe tal cosa como un bioanálisis”, “usted intenta atomizar el alma, y eso es imposible”, llegó a escribirle). Sin embargo, tales divergencias no impidieron el reconocimiento mutuo de una visión compartida respecto a lo inconsciente como fenómeno vital encarnado, a la primacía del cuerpo en la organización del psiquismo y a la pasión por curar que los movilizaba más allá de cualquier fidelidad institucional. La noción del Ello como fuerza vital autónoma, que Groddeck postula desde una perspectiva somática, como principio fundante anticipa o dialoga profundamente con las intuiciones clínicas que Ferenczi desarrollará en sus últimos años, especialmente

en torno a la mutualidad terapéutica, el tacto clínico, la regresión controlada y la elaboración simbólica del trauma. Si Freud encarnó para Ferenczi una figura de autoridad ambivalente, marcada por la admiración y el conflicto, Groddeck representó una alteridad hospitalaria: un Otro no persecutorio, cuya libertad teórica y estilo expresivo ofrecieron a Ferenczi un espacio de afirmación subjetiva y creatividad epistémica.

Su correspondencia, aunque breve, es densa, rica en complicidad y matices, y puede leerse como una forma de resonancia transpersonal: en Groddeck, Ferenczi halla no solo un eco afirmativo de su pensamiento más radical, sino también una figura de reparación simbólica frente a las heridas que la relación con Freud le había infligido. Esta alianza periférica, nacida en los márgenes del psicoanálisis oficial, no fue una mera disidencia, sino una búsqueda conjunta de verdad existencial, libertad clínica y ética de la escucha.

## DESARROLLO PSICOSEXUAL EN FERENCZI

Si puedes forzar tu corazón, tus nervios, tus tendones  
a cumplir con su deber mucho después de haber desfallecido,  
y así resistir cuando ya no queda nada en ti  
salvo la voluntad que les dice: “¡Resistid!  
(estrofa sexta: ‘If’, Rudyard Kipling)

Explorar el desarrollo psicosexual de Ferenczi constituye un reto significativo, en la medida en que en él se conjuga una marcada dicotomía entre sus manifestaciones fenoménicas y su testimonio existencial; dicotomía que ha funcionado como fértil material para múltiples “narrativas” construidas en base a atribuciones —ya determinadas por el aire del tiempo, ya saturadas de pensamiento judicial, ya francamente proyectivas o reducidas a una pragmática de exaltación o devaluación de su persona—, todas ellas sostenidas a partir de significantes conductuales, funcionales y operatorios, frecuentemente divorciados de sus realizaciones concretas en términos de logro, productividad simbólica y goce creativo. Visto en términos coloquiales, se podría decir que los árboles (dinámicas de pareja, de poder, conflictos escolásticos, relaciones vinculares, etc.) han impedido comprender el bosque como holón: atribucional, distributivo, configuracional y procesual. Y, en términos etológicos, podría afirmarse que ciertas características fenoménicas —como su relación con figuras de poder dentro del “clan”, sus vínculos con algunos pares, su actitud de apertura y oscilación, su estilo idiosincrático, su relación de pareja sin descendencia, sus síntomas físicos y su muerte prematura— tienden a confundir los significantes con los significados, y éstos con los niveles suprasegmentarios y pragmáticos de su existencia.

Por ello, ahondar en su desarrollo psicosexual permite ir más allá de las interpretaciones exclusivamente fenomenológicas, accediendo a ese plano intermedio entre lo temperamental y la personalidad que es el carácter, y desde allí, recuperar datos significativos que clarifiquen su estructura somatopsíquica y sus derivas existenciales mediadas por las vicisitudes de las improntas características de cada fase.

### **Fase ósea, (autista, pasiva - esquizoide, activa)**

Esta fase —que comprende el sustrato estructural sobre el cual se imprimen las condiciones básicas de una existencia— se vincula a la organización pulsional primaria de la Serie Complementaria Ser/No-Ser (vivir, sobrevivir, morir) e implica las condiciones de gestación, nacimiento y el modo en que el sujeto “llega al mundo”, troquelado en los tránsitos del genotipo al fenotipo y en el desarrollo de la estructura ósea, ligamentos y articulaciones. En el caso de Ferenczi, esta etapa parece estar marcada por un doble movimiento. Por un lado, ciertas condiciones críticas: octava cría de una prole numerosa, figura materna no necesariamente maternal, débil *holding* y condiciones receptoras deficitarias; por otro lado, un conjunto de condiciones virtuosas: genética alfa-vitalista, alta inteligencia, fratría dinámica, entorno socioeconómico pudiente, y otros factores que sugieren una gestación vitalmente activa, sostenida en una madre no suficientemente “sostenedora” (Self), pero culturalmente apropiada en términos de roles, ego y estructura del yo.

De esta combinación resulta una marca estructural ósea orientada al recogimiento (de tipo onofílico), que funda niveles de introversión, reflexividad, ensimismamiento y autoobservación precoz, en la línea del espectro autista, la que coexistirá anímicamente con un funcionamiento óseo activo (filobático)<sup>20</sup>, sostenido en rendimientos de méritos, adaptaciones exitosas, aceptación grupal, y trayectorias vitales rectas.

Entender lo óseo en Ferenczi es fundamental, porque esta dimensión parece establecerse como una estructura central, atendiendo al conjunto de signos conductuales, defensivos y dinámicos que testimonian su vida. Esta base estructural, sumada a un rasgo adjetivante uretral (en modalidad pasiva-activa, oscilando en torno a un *splitting extático*<sup>21</sup>), modelará un carácter óseo-uretral (esquizoide-narcisista) sobre el cual se organizará una propuesta existencial con alto niveles de logros y goce creativo en sus seis áreas vitales, incluyendo la posibilidad del retorno del trauma original y la lucidez suficiente para metabolizarlo. La comprensión de esta impronta caracterológica —sus transferencias, repeticiones y retornos— marcará el continuo existencial que lo orientará hacia la resolución final de su función de identidad, si bien no necesariamente hacia la individuación y autoestima requerida para, en el decir de Bion, “encontrarse confesado ante los dioses”.

Ferenczi manifiesta, a lo largo de su vida, una estructura ósea anfimíctica, en el sentido de una coexistencia simultánea de dos dinámicas psíquicas: por un lado, el repliegue autista, (recogimiento óseo pasivo) y por otro, una marcada voluntad de individuación intelectual, signos de un funcionamiento óseo activo incipiente. Desde un punto de vista biotipológico conjetural —basado en análisis comparativos fotográficos, proporciones craneofaciales y referencias de contemporáneos— se puede suponer que Ferenczi medía entre 1,65 y 1,68 m, lo que en el contexto austrohúngaro de la época se consideraría una estatura baja o media-baja. Este dato sugiere una estructura ósea compacta, con rasgos finos y cierta fragilidad constitutiva, posiblemente asociada a un genotipo que encontró dificultades de expresión plena. Siguiendo su propia noción de maduración precoz, esta limitación estructural habría dado lugar al desarrollo de una organización psíquica talentosa como forma de compensación, que derivó en una capacidad de identificación mimética extrema como modo adaptativo, oscilante entre sensibilidad y frialdad, hiperempatía y centración egótica e, introversión contemplativa y extroversión pragmática.

### **Fase oral (clásica-sádica)**

Esta fase oral, comprendida como primer estadio pulsional de relación con el objeto y el mundo, puede dividirse en dos momentos funcionales: una oralidad clásica (centrada en la succión, la necesidad de nutrición, la dependencia simbiótica) y una oralidad sádica (centrada en la incorporación activa, la mordida, la agresión incorporativa y la afirmación yoica naciente). Si bien en el caso de Ferenczi, no contamos con datos directos que refieran con precisión al tipo de lactancia recibido —si por parte de la madre biológica o por nodriza—, pero dada su posición como octavo hijo de una prole de once, es razonable suponer una atención compartida, transicional, posiblemente asistida por una nodriza, donde la experiencia de apego primario, es marcada por una separación entre la madre biológica y la figura que satisface las necesidades orales primarias (nutrición, consuelo, contención), lo que puede tener efectos en la configuración del apego, la simbolización del cuerpo materno y la función de *rêverie*. Sin embargo, en Ferenczi, no parece observarse troquelaciones de una oralidad crítica: no se aprecian rasgos de dependencia excesiva, ni oralidades fallidas en el sentido clásico (adicciones, necesidad de aprobación continua a pesar de que esto último se ha afirmado continuamente). De hecho, puede inferirse una configuración oral compensada, marcada por una incorporación simbólica activa, especialmente visible en su modo de pensamiento y escritura, en el cual la oralidad no fue tanto un lugar de carencia manifiesta, sino un espacio de transformación sublimatoria: aquello que no pudo absorber emocionalmente en la experiencia de contención temprana, lo reconfiguró como función de *rêverie interna*, (excepto en lo somatopsíquico) desarrollando una capacidad singular para alojar y metabolizar experiencias ajenas, lo que más tarde se traducirá en su posición clínica radical, centrada en la empatía, la mutualidad. la ternura y los retornos (regresión benigna) .

Desde el estroma esquizoídeo anfimíctico presentizado en la oralidad, aparece una función de incorporación de primer orden (si bien bajo modalidades complejas) y otra de segundo orden mediante la cual dicha función suple la insuficiente función de *rêverie* materna mediante la activación precoz de un espacio representacional de acogida, en el que el otro era recibido no desde la fusión, sino desde la escucha plural, hiper mimética y subordinada al otro.

Esta forma de oralidad simbólica manifiesta no en el campo conductual, sino en su relación con el lenguaje, la autoridad y la transferencia, no reproduce una oralidad dócil o subordinada, ni agresiva-pasiva, ni siquiera hostil-irónica: su modo de absorber ideas y posiciones —tanto las de Freud como del campo psicoanalítico en general— fue siempre políticamente correcta en la superficie, pero profundamente

insurrecta en los límites. Su estilo epistémico es incorporativo, pero no asimilativo en sentido pasivo: cada contenido que Ferenczi acepta lo transforma, lo somete a prueba, lo reordena según su propia economía simbólica. Esta posición podría definirse como una forma de asimilación crítica con acomodación creativa, propia de una oralidad madurada, no resignada.

Finalmente, se podría postular que la oralidad en Ferenczi no fue un estadio pasivo, sino una operación permanente: él incorporó sin devorar, sostuvo sin fusionarse, metabolizó sin someterse. Esta función lo diferencia profundamente de otros analistas de su generación, y explica en parte su posición incómoda dentro del movimiento psicoanalítico: fue oral en su modo de vincularse con el saber, pero al mismo tiempo sádico en el sentido de desafiar los límites del canon, ejercer mordidas en los dogmas y abrir espacio para lo intolerable.

### **Fase anal (masoquista-obsesiva)**

En Ferenczi, la fase anal —entendida en su doble polaridad masoquista y obsesiva— no puede abordarse como un episodio autónomo dentro de una cronología lineal del desarrollo psicosexual. Por el contrario, debe ser comprendida como una expresión particular del estroma esquizoide activo que atraviesa todas las fases de su desarrollo psicosexual, dotándolas de una cualidad dual entre lo expresado fenoménico y lo vivido subjetivamente. En este sentido, lo anal pasivo en Ferenczi no se manifiesta como subordinación o dependencia manifiesta —aunque de hecho lo sea en su relación con Freud— sino más bien como retención simbólica crónica de su mundo personal. La sujeción del impulso no está mediada por el deseo de control sobre el otro, sino por una actitud de entrega subordinada al mundo del otro. Hay en él una disposición a contener su propio universo emocional e intelectual, como si todo gesto de exteriorización requiriera una justificación ética profunda. La frase, citada en su propio Diario Clínico (1931–1932) —“el mundo no merece que le haga este ‘regalo’”— es ejemplar: lo anal no es aquí excreción ni sublimación, sino una retención deliberada, casi sagrada, de lo más íntimo. Esto revela una ética de la reserva, que no se confunde con represión, sino con una decisión de preservar el valor de lo propio ante la mirada intrusiva del otro.

Ferenczi se define a sí mismo como “escrupuloso” en su carácter. Esta expresión remite directamente al componente obsesivo de la fase anal, donde la preocupación por la corrección, la contención y el orden se transforma en un modo de afirmación identitaria. Pero en su caso, ese escrúpulo no deviene rigidez doctrinaria ni moralismo represivo, sino una forma de disciplina subjetiva para no traicionar el núcleo protegido del sí mismo. Esta actitud, a su vez, se prolonga en su estilo clínico: su rechazo al automatismo interpretativo, su crítica al sadismo técnico, su búsqueda de elasticidad y mutualidad, pueden ser leídas como formas simbólicas de “no expulsar” un conocimiento no solicitado —como si toda interpretación, para ser válida, debiera nacer de una necesidad del paciente y no del empuje del analista. La fase anal en Ferenczi no configura una economía dualista entre control y caos, sino un sistema de autorregulación profunda, donde el cuerpo, la emoción y la palabra se despliegan con lentitud y solo en condiciones vinculares propicias. El deseo de no perturbar ni ser perturbado, típico del carácter anal esquizoide, convive en él con una voluntad de transformación radical, lo que convierte a su modalidad anal en una forma elevada de elaboración interior: retener para metabolizar; contener para transformar; callar para escuchar. Esta configuración lo aleja del prototipo obsesivo clásico —centrado en el control fálico— y lo aproxima a una forma de sublimación anal autoimpuesta, donde el cuidado de lo propio se convierte en una ética de la entrega gradual. En esa tensión entre el deseo de compartir y el temor a contaminar lo esencial, se articula la experiencia anal de Ferenczi: no es que no quiera dar, sino que solo lo hará si puede hacerlo sin perder el vínculo, ni decepcionar al otro.

### **Fase Uretral**

La fase uretral, tal como se concibe en el modelo bioanalítico, representa una instancia pulsional y estructurante donde convergen tres planos fundamentales: la autoafirmación identitaria, la delimitación simbólica del territorio y la configuración de los índices de realidad. Esta etapa marca la emergencia y consolidación de aspectos masculinos relacionados con la agresión (adrenalina) y el deseo sexual (testosterona), lo que, a nivel representacional, implica la simbolización de la potencia individual. Asimismo, se instituye la distinción entre pensamiento operatorio y pensamiento simbólico, el despliegue de relaciones de poder y dominancia, y la instauración de mecanismos aloplásticos (orientados a la transformación activa de la realidad). En Ferenczi, esta fase constituye la segunda inflexión crítica de su desarrollo psicosexual,

no solo por su intensidad libidinal, sino porque en ella se visibiliza con nitidez la tensión entre un Yo ideal cosificado (Yo Idolátrico) —construido por identificación con el deseo del Otro— y una pulsión uretral autoafirmativa, mediada por un estroma esquizoide y por las troquelaciones anales no resuelta.

En este sentido, lo uretral —marcado por una escisión extática— configura una Serie Complementaria cuya manifestación adquiere una forma anfiníctica, que oscila entre la extraversion uretral pasiva —expresada en fenómenos narcisistas, asintomáticos, operatorios y carismáticos (más como una fenomenotecnia del Yo que como una emocionalidad auténtica)— y una introversión fálica activa, de carácter psicossomático, hipersexualizado, penetrante y confrontacional.

Sin embargo, esta configuración extática (entre lo interno y lo externo) no bloquea —como puede observarse en todo el recorrido vital de Ferenczi— el retorno pulsional hacia la individuación, que se manifiesta primero mediante transferencias significativas y luego a través de retornos estructurantes. Será precisamente en torno a la figura parental —concebida como objeto de poder— y, más adelante, en torno a la figura femenina —como objeto de apego y de deseo— donde el núcleo esquizoide comenzará a disolverse, permitiendo así una consolidación progresiva de la identidad durante la elaboración de su complejo de Edipo.

Los primeros signos transferenciales que dan cuenta de esta oscilación aparecen en episodios como el incidente de Palermo, el refugio en Freud durante el caso Elma, el viaje a Nueva York, y la relación con Groddeck, todos ellos condensados simbólicamente en el llamado ‘episodio de la mano extendida’. Estos momentos expresan movimientos pendulares entre lo narcisista y lo fálico, y revelan el retorno progresivo a vivencias esquizoides tempranas: voluntad de morir, hospitalismo, depresión anaclítica y el conflicto persistente entre la voluntad de vivir y la alegría de vivir, oscilando entre el apego patológico y el desapego disociado, todo ello articulado a la luz de una pulsión epistemofílica precoz que opera como matriz organizadora del yo y del deseo de comprender.

Dicha pulsión epistémica comienza a integrar, de manera ambigua, una forma de organización aparente que emula un modo “como si”, donde la identificación con el agresor no logra neutralizar por completo al “wise baby” (niño sabio): ese núcleo consciente y lúcido, “que todo lo sabe, pero nada hace”, que no solo se adapta al entorno traumático, sino que comprende —de manera precoz, intuitiva, no simbolizada— los conflictos emocionales de los adultos, pagando con su propia subjetividad la supervivencia del vínculo.

Todo ello se entrelaza con su pulsionalidad fálica precoz: onanismo intenso, juegos sexuales homoeróticos en la infancia y exploraciones tempranas con lo femenino. Aunque estas experiencias —tal como él mismo lo afirma— se ubican en un registro pregenital, regulado por la ternura más que por la pasión, lo cierto es que Ferenczi no logra autopercebir las con la misma sensibilidad empática que experimenta en su escucha clínica hacia los pacientes. Estas vivencias infantiles quedan así sujetas a su propio juicio pasional ardiente —como se evidencia en la severidad de sus valoraciones sobre Freud— y a un escrutinio moralmente implacable, que aún no logra integrar con indulgencia o comprensión.

En resumen, la fase uretral en Ferenczi se organiza como un campo de tensión entre tres fuerzas estructurales: un narcisismo operatorio, funcional, adaptado, que busca responder al deseo parental; una pulsión uretral-fálica intensa, onanista y exploratoria, desplazada y simbolizada en lo autoplástico; y una formación epistemofílica, que identifica, metaboliza, recalcula y tramita esta conflictividad, reconociendo los distintos niveles transitados: órbito, límbico y cognitivo. Esta tríada, que se convierte en el motor de su producción clínica, simbólica y subjetiva, es la que finalmente permite el salto de lo uretral a lo genital, si bien no resuelve del todo el deseo vital de amar y vivir.

### **Fase Gonadal (Pasivo femenino -histérica activa)**

La fase gonadal representa el estadio terminal del desarrollo psicosexual pregenital, donde el cuerpo irrumpe no solo como sede de placer (symploké recta entre M1 y M2), sino también como fundamento del vínculo, el compromiso, la consciencia del otro y el amor (entendido como cuidar: contención y límite), representando la última fase antes del cierre de la individuación o carácter genital. Su función es organizar y coordinar las pulsiones pregenitales y agresivas en dirección recta, integrando somáticamente (M1) y representacionalmente (M2) las marcas estromáticas de las fases anteriores. A diferencia de la fase genital<sup>22</sup>

—más tardía y asociada a la individuación simbólica y a la integración de la identidad—, la fase gonadal se configura como un estadio terminal, marcado por la emergencia del deseo sexual recto, en la medida en que este se simboliza apropiadamente en sus distinciones fundamentales: necesidad y deseo, pulsionalidad pregenital y genital, direccionalidad recta u oblicua. Este proceso implica superar la sensorialidad sexual como formación reactiva, como vía de fuga a través del sensorio, y/o como expresión oblicua persistente —propias de fases pregenitales no elaboradas: el placer autopunitivo (masoquismo anal), el parasitismo sexual (dependencia oral), la seducción performativa (dominio fálico) o el exhibicionismo disociado (histérico, gonadal)— hacia expresiones simbólicas de un yo sexuado —ya no como descarga narcisista primaria sin articulación vincular ni reconocimiento del otro como sujeto— transitando de la potencia sexual a la potencia genital (Reich, W. 1942). En esta fase se constituye una Serie Complementaria que encuentra en lo pasivo-femenino y en lo histérico-activo las anfirmixias, mutualidades y utraquismos pertinentes, orientados a la consolidación del deseo recto y a la preparación estructural del carácter genital, asignando a la sexualidad y al erotismo (ternura y pasión) su condición originaria de pulsión somatopsíquica primaria.

En Ferenczi, la fase gonadal puede ser comprendida como una etapa marcada por una estructura base esquizoide, adjetivada por un rasgo uretral narcisista-fálico que encuentra refugio en lo pasivo-femenino como vía para devenir objeto de deseo. Esta disposición configura un modo de investidura que no es plenamente genital ni relacional, sino una forma de sostener la tensión pulsional mediante la fusión con el otro (reintroyectado o inoculado), a través de una pasividad erotizada que lo convierte en deseable (y también en odiable y envidiable) por su actitud existencial indiferente y ajena a la pasión del otro. Al mismo tiempo, lo histérico se expresará como un campo de conflictos desplazados entre lo uretral activo-psicosomático y lo histérico-conversivo, mediando en los vínculos significativos (Freud, Groddeck, Gizella, Elma, entre otros). En ellos se juega el eje central de esta fase: el intento de sostener el deseo sin desorganización, ser amado sin exponerse completamente, ejercer poder desde la debilidad, y convertir la pasividad en un dispositivo vincular.

Así, lo gonadal deja una impronta estructural en la línea del desarrollo que articula logro, goce creativo y deseo de fusión, pero que también abre la posibilidad de destrucción y rechazo cuando el Otro responde con oblicuidad o desvalorización frente a esta oferta vincular. No se trata de una gonadalidad frustrada, sino de una etapa transicional, aún no simbolizada, donde el cuerpo, el síntoma y el lazo intentan organizar un deseo todavía sin integración definitiva.

## **ESTRUCTURA DE CARÁCTER Y FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD**

Si puedes hablar con multitudes y conservar tu virtud,  
o caminar junto a reyes y no perder el sentido común.  
    sí ni enemigos ni amigos queridos pueden herirte;  
si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado.  
    (estrofa séptima: 'If', Rudyard Kipling)

El análisis de la estructura de carácter y la formación de la personalidad de Sándor Ferenczi puede abordarse desde cuatro ejes nucleares que permiten articular una lectura profunda de su configuración subjetiva. Estos son: a) su estructura de carácter base y la conjugación de los rasgos adjetivantes que la complementan; b) un diagnóstico diferencial complejo que contemple la singularidad de su constelación psicodinámica; c) las tensiones dinámicas entre su Yo Social, su Yo Vivido y su Yo Ideal; d) la evolución progresiva —no siempre lineal— de su desarrollo psicosexual. Desde esta perspectiva, el objetivo no es simplemente realizar un análisis del carácter, sino ofrecer una mirada bioanalítica sobre Sándor Ferenczi, explorando los modos en que transformó sus marcas de origen —vínculos fundantes, tensiones intrapsíquicas, conflictos evolutivos— en recursos clínicos y creativos. Esta lectura busca iluminar cómo dichos procesos fueron metabolizados y reconfigurados en una estructura de carácter compleja, donde los eventos se concatenan coherentemente a la luz de sus etapas psicosexuales, sus características temperamentales y genéticas, y las vicisitudes de sus experiencias. Lejos de plantear un cierre diagnóstico, se propone comprender su subjetividad como una configuración holónica abierta, que integra lo corporal, lo psíquico y lo relacional en una síntesis original, rigurosa y profundamente humana.

### **a) Estructura de carácter base y rasgo adjetivante.**

La hipótesis inicial sostiene que el carácter de Ferenczi se organizó en torno a una ‘estructura esquizoide narcisista’, entendida desde la matriz diagnóstica bioanalítica como una ‘configuración ósea activa con un rasgo secundario uretral pasivo’. Esta combinación define una organización psíquica altamente compleja, marcada por una función de identidad configurada pero sujeta a intensas alternancias (adentro-afuera; antes-después), y por mecanismos psíquicos órficos (autoplasticidades, hiperpercepciones, adaptaciones miméticas, maduraciones precoces y pulsiones sexuales intensas). El rasgo óseo activo (lo esquizoide) se determina debido a las condiciones gestacionales, su llegada al mundo y su posición dentro de una fratría extensa, que se habrían troquelado por una fragilidad en el sostén emocional temprano: débil ‘holding’ y ‘función de rêverie’ defectuosa, generando una depresión anaclítica severa (hospitalismo y maduración uretral precoz). Esto habría producido una maduración anticipada, acompañada de mecanismos de defensa primitivos: escisión, hiperempatía, “wise baby”, identificación mimética, entre otros.

Estas marcas, unidas a las condiciones bonhómicas socioculturales, habrían permitido conductas de sobreadaptación y de desarrollo vital a la luz de ‘un ocultamiento tras el deseo del otro’, lo que, unido a las aptitudes de logros naturales, facilitó el desarrollo de los Existenciarios Básicos y Esquemas Matriciales Psíquicos (corporal, social, afectivo, volitivo), así como de dinámicas más evolutivas tales como el proceso apego-exploración, la rivalidad fraterna, el desarrollo socioafectivo y un peculiar desarrollo del Imaginario Erótico —el cual más adelante eclosionará como un particular complejo edípico, angustia de castración, alexitimia e ideación hipermetafórica.

La maduración precoz de su rasgo uretral activo (fálico-hipersexuado) impactó de modo significativo en su sexualidad, retrotrayéndola al polo pasivo (narcisista) y determinando la naturaleza de su complejo de Edipo. Este se estructuró alrededor de un padre poderoso y admirado, una madre anhelada disociada (madre-hembra), y un yo bipolarizado sostenido en un vértice hipersexuado y a la vez censurado. Esta estructura se reflejará en su Imaginario Erótico: hipersexuado intrapsíquicamente, pero asexuado en lo relacional, acompañado de una modalidad de seducción órfica —convirtiéndose en objeto del deseo del otro, pero ya desgenitalizado. Este complejo también dejó huella en su función de identidad, marcada por una autopercepción yoica devaluada (“yo, el peor del grupo”), que se expresa por mecanismos de negación y desdoblamiento (“se alegrarán de haberme conocido”), y una marcada división adentro/afuera con rasgos de ‘splitting’ extático.

Pese a esta base esquizoide, Ferenczi mostró un alto rendimiento vital y profesional. Su carácter se organizó con una notable motivación al logro, aspiraciones sostenidas (aunque muchas se manifiestan tardíamente), y un goce creativo efectivo en múltiples áreas: pareja, familia, cuerpo, trabajo intelectual y vínculos sociales. En el análisis de carácter de Ferenczi es crucial no perder de vista este equilibrio: a pesar de su retorno trágico final y las oscilaciones depresivas, su vida fue una constelación de logros concretos, con sentido vital y una fuerte constancia objetal. Su existencia no se define por el desgarramiento psíquico, sino por su capacidad de configuración de vínculos, reconocimiento público y producción simbólica sostenida. Aunque muchas biografías enfatizan los vínculos ambivalentes con figuras significativas (Freud, Jones), no debe minimizarse su capacidad de generar relaciones profundas y duraderas. Ferenczi mantuvo redes vinculares extensas, fue reconocido en vida por sus aportes, respetado por colegas, pacientes y discípulos. Su estructura de carácter, aunque construida sobre núcleos conflictivos, le permitió insertarse en el mundo con eficacia afectiva y profesional.

Dada la estructura de carácter base, el recorrido de Ferenczi por las fases psicosexuales no sigue una secuencia lineal, sino una dinámica estrófica, radicular y rizomática, donde cada fase es tramitada por la dinámica no resuelta identitaria, lo que no impide los logros y goces creativos de cada fase. Su genialidad clínica se deriva justamente de esta constelación conflictiva: Ferenczi transformó sus heridas en instrumentos clínicos, y sus carencias en intuiciones profundas sobre el sufrimiento humano. Su búsqueda de verdad, ternura y mutualidad con el paciente es expresión directa de una estructura esquizoide integrada por el pensamiento, la ética y el amor.

La fase ‘oral’, marcada por una débil función de sostén y contención emocional, imprime desde el inicio una vivencia de carencia afectiva y de inversión precoz de roles. Allí se configura el fenómeno del ‘wise baby’: un niño que, ante la ausencia de una madre continente, desarrolla tempranamente funciones de

cuidado, vigilancia y adaptación, asumiendo una posición subjetiva de observador y sostenedor del entorno. Esta maduración precoz activa mecanismos de defensa primitivos —como la escisión, la hiperempatía y la identificación mimética— que buscarán compensar el vacío afectivo y dar forma a una modalidad relacional altamente sensible, pero frágil y necesitada de reciprocidad.

La fase ‘anal’, atravesada por conflictos entre dependencia y autonomía, acentúa en Ferenczi una tensión entre el impulso de control y la angustia de pérdida. Se expresan aquí formas obsesivas de pensamiento, escrupulosidad ética y un profundo sentido de responsabilidad, que se articulan como defensas frente a impulsos destructivos no simbolizados. El cuerpo y la voluntad se organizan en torno a ideales de limpieza, orden y reparación, que pueden observarse en su tendencia al perfeccionismo y su crítica constante de sí mismo. Esta etapa consolida el valor del deber y la autovigilancia, pero también prepara el terreno para las fisuras narcisistas que se manifestarán más adelante.

Es en la fase ‘uretral’ donde Ferenczi enfrenta una encrucijada central. La identificación con un Yo idólatrico, construido como reflejo del deseo del Otro —hijo excepcional, alumno brillante, heredero del legado freudiano— coexiste con una vivencia interna de inadecuación, marginalidad e impotencia. Esta tensión no resuelta da lugar a una forma particular de disociación: el deseo se retrae hacia el mundo intrapsíquico en forma de fantasías hipermetafóricas o ideales de entrega, mientras que en el plano relacional se inhibe o desexualiza, preservando la imagen de un objeto deseable por su ternura, devoción o singularidad ética. El núcleo uretral pasivo introduce aquí un componente de ambivalencia narcisista: una oscilación entre sentirse elegido y sentirse desechado, entre la euforia de la fusión con el ideal y la tristeza del rechazo o la exclusión.

Finalmente, en la fase gonadal, el conflicto alcanza un grado superior de complejidad: el deseo no consigue estructurarse como una genitalidad integrada —es decir, como una relación directa entre necesidad y deseo, entre ternura y erotismo—, sino que se polariza hacia la ternura, la sublimación intelectual y la entrega emocional en el vínculo terapéutico. No obstante, Ferenczi logra conjugar lo corporal y lo representacional, lo somático y lo psíquico, la necesidad y el deseo, e inaugura un terreno ignaro hasta la fecha: el vasto dominio de lo órfico, ya no solo como el acontecer neurofuncional del arqueocéfalo, sino como la identificación de los estromas, radiculaciones y rizomas que emergen a partir de las interacciones con lo límbico y lo cognitivo.

Este plano órfico —siempre presente, connotado, hipostasiado, aunque hasta entonces no identificado de manera explícita— alcanza, en la obra de Ferenczi, una formulación germinal al describirse su manifestación en fenómenos parapsicológicos y transpersonales como la autotomía psíquica, el mimetismo de supervivencia, la transmisión de pensamientos, la identificación primitiva —ya sea especular o complementaria—, la autoplaticidad afectiva, entre otros. Con Ferenczi, lo órfico no solo se vislumbra, sino que inaugura un plano de profundidad donde estas conductas escapan a la lógica de la simbolización tradicional, y configuran una forma distinta de inscripción: más afín al ritmo que al concepto, más próxima al flujo que a la estructura, revelando un estrato en el que lo no simbolizado vibra todavía como intensidad prefigurada, como movimiento afectivo anterior a la palabra. Se trata de un plano que condensa lo ancestral, lo no elaborado y lo precariamente figurado, apuntando a una zona en la que el deseo y la alegría de vivir aún no han sido tramitados por la palabra, sino que son vividos como intensidad pura, como eco corporal de una historia no dicha.

Este análisis de las fases psicosexuales no es solo un recorrido descriptivo, sino más bien un ejercicio de reintroyección hermenéutica: un gesto interpretativo que aporta conjeturas para comprender cómo Ferenczi articuló su vida afectiva, su subjetividad y su técnica clínica en una configuración coherente, compleja y profundamente humana a lo largo de su existencia. Al mismo tiempo, es una forma de ilustrar cómo lo atributivo, lo distributivo, lo configuracional y lo procesual se entrelazan en una sympleke: una danza del devenir humano en busca de su individuación, y en cuyo transcurrir nos ha legado un conocimiento inédito hasta el presente.

## **b) Un diagnóstico diferencial complejo.**

Dentro del sistema diagnóstico bioanalítico, se reconoce una categoría particularmente compleja que exige un enfoque diferencial fino, situada en el límite entre dos grandes holones categoriales: las neurosis de carácter y los cuadros fronterizos o borderline. El primer grupo remite a Estructuras de Carácter organizadas a partir de las vicisitudes del desarrollo psicosexual, las fijaciones, regresiones y configuraciones temperamentales. Estas matrices imprimen una huella estructural sobre el desarrollo evolutivo y la operatividad fenoménica

del sujeto. Cuando una de las áreas vitales se ve deteriorada en su funcionamiento adaptativo, hablamos de una Neurosis de Carácter Simple; y si dicho deterioro abarca dos o más áreas vitales, se configura una Neurosis de Carácter Crónica. No obstante, en todos estos casos —más allá de los síntomas particulares de cada estructura— es posible constatar la presencia del esquema estructural ‘función de realidad’ y ‘función de identidad’ ya conformados, aunque sujetos a tensiones internas significativas.

En ambos casos, la Función de Identidad suele estar consolidada si bien condicionada por los rasgos distintivos del carácter (por ejemplo: esquizoide con polaridades extremas; oral clásica con idealizaciones; masoquista con retención defensiva, y así sucesivamente). En algunos casos la relación con ciertos rasgos identitarios —aun en formación— se torna hipercrítica o autodevaluatoria, generando una tensión intrapsíquica que se expresa en una vivencia constante de minusvaloración, censura interna y dejadez identitaria, toda vez que se está formando la estructura del Superyó. La sensorialidad afectiva asociada a esta autoobservación impiadosa resulta intolerable para el sujeto y frente a esta vivencia insoportable, se activa una pseudo-fuga narcisista hacia una organización funcional fronteriza. El paciente comienza a construir una imagen especular con las cuales enmascara sus juicios auto devaluatorios, adoptando un repertorio conductual que simula un funcionamiento borderline, a pesar de que la función de identidad permanece, en el fondo, integrada —aunque vivida como repulsiva. Este fenómeno clínico genera una apariencia de estructura límite, con expresiones conductuales o vinculares propias del espectro borderline, lo que dificulta el diagnóstico. Sin embargo, debe establecerse una distinción clave: en una estructura borderline propiamente dicha, las áreas vitales —relacionales, afectivas, profesionales, creativas— no alcanzan logros significativos ni permiten el despliegue de un goce subjetivo sostenido. En contraste, en estas estructuras de carácter (frecuentemente esquizoides con rasgos adjetivantes), puede observarse un funcionamiento vital adecuado, con desarrollo de proyectos, vínculos estables o productividad creativa.

Cuando estas estructuras se ven afectadas por procesos crónicos de autodevaluación, retraimiento o colapso funcional, pueden derivar en neurosis de carácter crónicas, con sintomatología más estable, aunque menos desorganizada que la observada en cuadros borderline genuinos. En estos casos, el sujeto suele presentar repertorios transferenciales clásicos, congruentes con una estructura organizada. Sin embargo, cuando —a pesar de los procesos auto devaluatorios— existen ganancias secundarias significativas o condiciones vitales favorables, puede producirse una reversión de la polaridad, iniciándose así un proceso de retorno a la organización estructural original (por ejemplo, esquizoide), orientado hacia una mayor integración. Este movimiento generalmente implica una regresión a un nivel inferior al punto de fijación estructural, lo que da lugar a una regresión benigna, caracterizada por una hiperactivación de memorias, catarsis, abreacciones y defensas tanto egosintónicas como egodistónicas. Este fenómeno es consecuencia de la activación de procesos simbólicos —sintéticos, hipermetafóricos, introyectivos y proyectivos— que, en este nuevo contexto, adquieren potencial elaborativo e integrador, permitiendo una progresiva metabolización de los núcleos conflictivos.

El proceso de retorno implica: la metabolización de los rasgos estructurales originales, no ya como fuente de sufrimiento, sino como materia prima para la individuación (a través de abreacción, catarsis y neoaprendizajes); la integración del “doble” internalizado, producto de antiguas escisiones valorativas entre polos buenos y malos; la aceptación de la propia singularidad estructural, ya no como patología, sino como núcleo organizador de estabilidad subjetiva; y la regulación del superyó, que pasa de ser sádico o disociado a cumplir una función más protectora y moduladora. Este retorno culmina en la reelaboración de los puntos de fijación del desarrollo psicosexual original, avanzando hacia un carácter genital más integrado y eficaz. En ese tránsito, el sujeto puede reconstruir un constructo identitario estable, desde el cual recuperar su capacidad de vinculación, creatividad y disfrute en las áreas vitales.

### **c) Tensiones dinámicas entre Yo Social, Yo Vivido y Yo Ideal;**

De entre los artefactos bioanalíticos orientados a cartografiar la identidad<sup>23</sup>, el Triángulo Identitario ofrece una vía particularmente pertinente para intentar comprender la compleja organización caracterológica de Sándor Ferenczi. Su arquitectura tridimensional —compuesta por el Yo Social, el Yo Vivido y el Yo Ideal— permite captar las tensiones constitutivas que atraviesan su mundo interno: entre la mirada del otro, la vivencia subjetiva y el ideal de sí mismo. Se trata de un dispositivo especialmente sensible para explorar

cómo estas tensiones se expresaron en los planos clínico, biográfico y epistémico modelando una trayectoria de individuación tan intrincada como singularmente estructurada.

Comprender las tensiones intrapsíquicas y extero-psíquicas que atravesaron a Ferenczi implica considerar, en cada vértice del triángulo, el principio de Jano: cada polo identitario contiene una polaridad constitutiva, una escisión originaria que expresa el drama entre el ser y el deber ser, entre la autenticidad y la máscara, entre el ser-para-sí y el ser-para-el-otro. No se trata de un simple juego de duplicidades, sino de un conflicto estructural en torno a la legitimidad del propio existir. Esta configuración permite una lectura clínica precisa de las oscilaciones, compensaciones y escisiones que atraviesan la experiencia subjetiva, ofreciendo una herramienta idónea para abordar configuraciones caracterológicas complejas —y en ciertos casos, extraordinarias— que, aunque puedan simular un funcionamiento excéntrico, anómalo o incluso borderline en su presentación fenoménica, conservan en su núcleo una función de identidad sólidamente estructurada.

En el caso de Ferenczi, el despliegue de esta tríada adquiere un valor clínico y epistémico singular. Su aplicación permite articular, de manera integrada, las vivencias internas —tanto introspectivas como autoperceptivas— con los mecanismos que estructuraron su subjetividad: sobreadaptación temprana, maduración psicológica ininterrumpida y oscilaciones identitarias persistentes. Estos elementos, lejos de implicar una desestructuración patológica, constituyeron el entramado dinámico que definió su singularidad psíquica. A partir de esta matriz triangular, es posible examinar cada vértice de su identidad de forma diferenciada, reconociendo cómo se organizaron en él las tensiones entre la mirada del otro, la experiencia de sí y el ideal internalizado.

**Vértice ‘Yo Social’:** este vértice en Ferenczi muestra una configuración relativamente integrada, sostenida por una conciencia fenoménica aguda respecto de cómo era percibido por los demás (en lo defectual y en lo virtuoso)<sup>24</sup>. Sabía tolerar tanto la idealización como la crítica sin que estas afectaran de manera definitiva su autoestima. Esta estabilidad aparente puede atribuirse a una identidad profesional ampliamente validada: Ferenczi fue reiteradamente reconocido —como gran clínico, sabio empático, hermano mayor entre pares y/o pionero del psicoanálisis— juicios que operaban como núcleos estabilizadores de su imagen pública. Sin embargo, tales juicios superlativos, más profundamente eran desmentidos mediante anulaciones, relativizaciones y negaciones alcanzando solo tangencialmente el núcleo de su función de identidad profunda.

Ferenczi reconocía y evaluaba la mirada ajena —fuera esta idealizante, crítica o incluso maliciosa— y supo transitar con inteligencia estratégica los juegos psicopolíticos del movimiento psicoanalítico, evitando tanto el sometimiento ingenuo como la oposición destructiva. Esta posición le permitió sostener una alianza productiva con Freud y, más adelante, un disenso progresivo, sin llegar a una ruptura abierta al final de su vida. Su Yo Social, en consecuencia, se mantuvo operativo y relativamente estable, incluso bajo las tensiones propias de un entorno competitivo, jerárquico y saturado de transferencias cruzadas.

No obstante, por debajo de esta superficie funcional se desplegaba una hiperconciencia heteroperceptiva: una sensibilidad aguda y realista respecto de cómo era leído, juzgado o imaginado por los otros significativos, posiblemente sostenida por mecanismos de identificación mimética y complementaria con el agresor. Esta conciencia no se traducían en respuestas defensivas ni en actuaciones agresivas, sino en una sobreadaptación refinada: Ferenczi tendía a neutralizar la defectualidad del otro —en especial cuando se trataba de figuras investidas de autoridad— e interiorizaba la crítica, redirigiéndola hacia sí mismo con una autoexigencia creciente. Este movimiento se articulaba con una alopercepción compleja, marcada por una atribución de autoridad excesiva al juicio externo, especialmente cuando éste provenía de figuras investidas de autoridad simbólica, ya sea por su lugar parental o por su posición en el saber.

En este contexto, su autopercepción aparece como intensamente elaborada, pero tensionada por la coexistencia de juicios realistas e imágenes fantasmáticas de invalidez o escarnio, posiblemente internalizadas desde etapas tempranas. Ferenczi parece representarse a sí mismo desde la perspectiva del otro, anticipando rechazos, desmentidas o desaprobaciones, como si el juicio ajeno estuviera investido de una fuerza normativa o judicativa ante la cual debía comparecer su Yo. No se trataba solo de una necesidad de aprobación, sino de una forma de interpelación moral que exigía una respuesta subjetiva profunda. Esta tensión se expresa

con particular dramatismo en su relación con Freud, en quien proyecta el doble rostro de la figura paterna: el amor idealizado al que nunca se accede del todo y la desaprobación silenciosa que nunca se disuelve. Allí se despliega con nitidez el principio de Jano, según el cual el Yo Social de Ferenczi oscila entre el anhelo de reconocimiento y la expectativa de exclusión o censura. Esta oscilación configura una superficie relacional ambivalente: una cara dirigida al Otro idealizado (Freud, el Maestro) y otra vuelta hacia una crítica interna devastadora, sostenida por su propio Superyó, que actúa como instancia acusatoria interna.

El célebre episodio del ‘incidente de Palermo’ condensa esta dinámica: luego de fracasar su pretensión de compartir una escritura común con Freud, y su inusual reacción cuando éste le responde con una frase seca y ambigua que Ferenczi jamás olvidará: “¿Es así entonces usted?” [...] ¿Quiere evidentemente tomarlo todo? Lo dije y desde entonces trabajó solo todas las noches, mientras a mí no me quedaba más que resignarme; la amargura me apretaba la garganta”. (Carta de Ferenczi a Groddeck, diciembre de 1921) Esta expresión se inscribe como una marca traumática en su identidad relacional, vivida como juicio definitivo e irrevocable, y como símbolo de una escisión entre el deseo de ser aceptado y el temor de ser desautorizado en su singularidad más genuina.

**Vértice ‘Yo Vivido’:** Aquí reside el vértice más conflictivo de su estructura identitaria. Ferenczi se percibe a sí mismo como atrapado en una dependencia infantil que él mismo describe como “una perversión de infantilismo persistente” (Diario Clínico, 1931–1932). Esta vivencia subjetiva se acompaña de un sentimiento de discontinuidad identitaria, alimentado por factores como los múltiples cambios de nombre durante su infancia (Fränkel, Frenkel, Ferenczi), su lugar intermedio entre muchos hermanos y la exigencia implícita de encontrar un espacio afectivo singular dentro de una constelación familiar densa y demandante. A ello se suma el precio psíquico pagado por obtener el reconocimiento de figuras de poder (Baruch Fränkel, Miksa Schächter, Sigmund Freud), cuyas validaciones, aunque siempre al alcance de la mano, le parecían inalcanzables o ambiguas.

Su Yo Vivido, desde su autopercepción oblicua, refleja una subjetividad que transita entre el retraimiento melancólico, el idealismo compasivo y una vigilancia hipercrítica sobre sus propias emociones, acompañada de una visión autodevaluatoria (como “mala persona”, onanista compulsivo, enfermo crónico e hipocondríaco), a medida que se conjuga en él la sobreadaptación frente al mundo, las figuras de autoridad y la configuración de una ética del deber —estructurada sobre el dolor y el autodominio— como vía para sostener una imagen estable de sí mismo.

Al mismo tiempo, Ferenczi testimonia, en este plano, una intensa actividad autoperceptiva que alterna entre momentos de notable claridad y fases de profunda opacidad afectiva. En su forma más lúcida, esta autopercepción recta se manifiesta en áreas relativamente libres de conflicto, en estrecha sintonía con su homopercepción —esto es, con experiencias fenoménicas concretas, consistentes y causalistas, sostenidas por una inmensa epistemología derivada—. Allí se sabe brillante, sabio, inteligente, sólido, empático, autocrítico, humilde, pero también dañado, privado, cauto, estratégico, hipersensible. Esta lucidez le permitió desplegar una autoobservación profunda, de enorme valor heurístico, que se expresa en su *Diario Clínico*, en su correspondencia personal y en su producción teórica más innovadora. Cada una de sus nociones teóricas se entronca linealmente con su biografía, sus procesos intrapsíquicos y un trayecto continuo de sanación. Desde esta perspectiva, su Yo Vivido puede ser descrito como el de una mente superior, autoconcebida no en clave narcisista, sino como resultado de una sensibilidad perceptiva hiperdesarrollada y de un pensamiento bisociativo, oscilante entre la introspección científica, la vivencia afectiva cruda y la adaptación aloplástica a su entorno: como teórico, clínico, ciudadano y miembro de una comunidad científica y política.

No obstante, también se hacen evidentes fases de autopercepción oblicua, distorsionada por introyecciones no metabolizadas, fantasías persecutorias, mecanismos de sobreadaptación e identificaciones proyectivas. Estas distorsiones comprometen su capacidad para integrar adecuadamente memorias afectivas intensas, dando lugar a momentos de desrealización emocional, hiperreflexividad autodestructiva y síntomas psicósomáticos. Tal como se observa en ciertos pasajes del *Diario Clínico*, Ferenczi se extravía en interpretaciones circunstanciales, capturado por elementos beta no simbolizados, atribuciones sesgadas y lecturas paranoides (proyecciones no reintroyectadas), especialmente en el marco de sus relaciones afectivas más significativas.

Esta doble orientación, que podría simular escisiones o atomizaciones mentales, conserva sin embargo una unidad larvada, gestacional, que se va integrando en cada acto curativo que él realiza con respecto a sus pacientes. El *furor sanandis* con que se lo ha despectivamente rotulado es, en rigor, el pulso permanente de su propia búsqueda de metabolización e integración, en vías de su propia individuación.

Esta dimensión conflictiva del Yo Vivido alcanza su expresión más dramática en la relación con Freud. Más allá de las vicisitudes transferenciales o de las lógicas del retorno, esa relación —que se extendió por más de veinticinco años— quedó marcada por una impronta afectiva que Ferenczi nunca logró elaborar del todo. En sus formulaciones sobre la mutualidad y la relacionalidad terapéutica, es posible advertir una búsqueda desesperada por redefinir el vínculo con su “Maestro” desde un lugar de horizontalidad y reciprocidad. Sin embargo, no alcanzó —al menos de modo sostenido— una reversibilidad de perspectiva que le permitiera ver a Freud como un otro humano, más allá del ideal devenido en una presencia “suficientemente mala”.

El Yo Vivido de Ferenczi se configura, entonces, como una zona densa y ambivalente: por un lado, cuna de sus mejores recursos clínicos —la ternura, la empatía, la capacidad de escucha profunda—; por otro, espacio de sus sufrimientos más intensos —el sentimiento de no ser comprendido, la vivencia de desrealización emocional y el desgaste psicossomático progresivo que lo acompañó hasta sus últimos días. Debe señalarse, no obstante, que este Yo Vivido es radicalmente procesual, determinado por su propio itinerario de Retorno e Individuación, cuyas fases generan y estructuran las condiciones necesarias para asumir, finalmente, una identidad más integrada, como se analizará en las secciones siguientes.

### Vértice ‘Yo ideal’

En el Yo Ideal de Ferenczi se aprecia una tensión estructural significativa entre dos configuraciones divergentes. Por un lado, un ‘Yo Ideal recto’ —esto es, un ‘Ideal del Yo’ sólido, procesual y orientado al futuro— forjado sobre la base de logros concretos y articulado por una voluntad operatoria consistente, estable y sistemática, que se desarrolla mediante aprendizajes, simbolizaciones y transformaciones paulatinas de la experiencia. Por otro lado, coexiste con un Yo Ideal oblicuo —que denominamos Yo idolátrico—, una configuración dual en la que se entrelazan una estructura narcisista relativamente realista y otra idealizada e hipervalorada, ambas sometidas a una voluntad hipertrofiada que no se orienta hacia lo procesual, sino al deseo inmediato de encarnar modelos externos no metabolizados. Esta segunda forma del Yo Ideal no representa simplemente una aspiración frustrada, sino una organización subjetiva defensiva, sostenida por mecanismos de sobreadaptación, introyecciones no elaboradas, fantasías grandiosas y una vigilancia identitaria constante, todo ello al servicio de una demanda externa de validación. La diferencia esencial entre ambas configuraciones radica en su relación con la realidad y la construcción identitaria: mientras el Ideal del Yo lúcido actúa como un horizonte ético y transformador que promueve una dirección conductual ajustada a los índices de realidad, el Yo idolátrico funciona como un dispositivo adaptativo mimético, más reactivo que activo, orientado a sostener una imagen de perfección sin haber transitado el proceso interno que la legitime. En Ferenczi, esta duplicidad no constituye una contradicción, sino una estructura dinámica en la que ambos polos conviven tensionando la edificación de su subjetividad.

Este Ideal del Yo se manifiesta en frases que expresan su orientación ética y clínica: “Quiero llevar la verdad a su extremo, hasta que duela”, “Nunca he sido un hereje: solo quiero hacer avanzar la teoría desde dentro” o “Me lanzo yo mismo como conejillo de indias a las llamas del análisis mutuo”. En ellas no se advierte una búsqueda de prestigio simbólico, sino el anhelo de encarnar un modo de ser fundamentado en la responsabilidad afectiva, la verdad relacional y el compromiso radical con la experiencia del otro. Ferenczi no aspira a ser un teórico glorioso, sino un clínico valiente, un pensador honesto y un sujeto profundamente empático.

Sin embargo, el conflicto entre individuación genuina y mimetismo defensivo se mantuvo como una condición estructural de su subjetividad. La tensión permanente entre el deseo de transformación y el refugio en sentimientos de minusvaloración da cuenta de una forma de organización esquizoide-uretral con sobreadaptación mimética, que aunque simula desorganización, conserva un núcleo estable. No se trata de impostura, sino de una forma de sobrevivencia subjetiva donde lo aparente encubre lo profundo sin negarlo. Esta escisión no paralizó su desarrollo, sino que fue precisamente el espacio en que se desplegó su proceso de transformación. Su trayectoria vital puede comprenderse como una disolución lenta pero sostenida del Yo idolátrico, no mediante una ruptura abrupta, sino a través de una labor continua de metabolización

emocional y simbolización vivencial. Incluso sus episodios más críticos —marcados por síntomas psicosomáticos, ambivalencias y regresiones— no interrumpieron el camino hacia la individuación, sino que lo profundizaron, al actuar como pasajes abreaccionales y catárticos de reorganización subjetiva.

Este dilema se expresa con claridad en una oscilación identitaria persistente: por un lado, el impulso a constituirse como un libre pensador, sabio, sensible al padecer humano y éticamente comprometido —imagen coherente con el Ideal del Yo lúcido, orientado a la individuación y sostenido por una voluntad sistemática—; por otro, la presión internalizada de encarnar roles idealizados, como el discípulo incondicional, el hijo perfecto o el analista ejemplar, exigencias que pertenecen al dominio del Yo idolátrico, sobredeterminado por mandatos externos e introyecciones no metabolizadas. Esta escisión produce una sobrecarga superyoica que convierte toda desviación respecto al modelo idealizado en vivencia de culpa, falla o traición. Es en ese terreno donde Ferenczi fluctúa entre la individuación creativa y la sobreadaptación obsesiva, sin lograr una síntesis inmediata que cierre la distancia entre lo que va siendo y lo que cree que debe representar.

El Ideal del Yo en Ferenczi se articula en torno a una tríada de aspiraciones fundamentales: ser un clínico excepcional, un pensador innovador y un sujeto amoroso, ético y auténtico. Esta configuración da lugar a una ética vivencial en la que convergen la verdad clínica, la justicia relacional y la ternura como principio terapéutico. Pero esta aspiración no nace de una autoafirmación espontánea, sino como respuesta enantiomorfa a una deuda simbólica con un Otro parental o fundacional: el deseo de convertirse en “el hijo bien amado”, aquel que colma, repara y redime. En este contexto, el Yo Ideal puede operar como una armadura frente a un sentimiento estructural de insuficiencia, generando exigencias de perfección, vigilancia interior y búsqueda de validación constante.

Ahora bien, esta tensión interna no le impidió devenir aquello que deseaba ser. Lejos de anularlo, la escisión se convirtió en el campo mismo de su transformación. Su biografía puede leerse como una progresiva dilución del Yo idolátrico, no por negación súbita, sino por un proceso paciente de simbolización subjetiva, en el que incluso los momentos más críticos intensifican —más que interrumpen— su movimiento de individuación. En este sentido, la tensión jánica entre los dos polos del Yo Ideal no constituye un obstáculo, sino un pasaje abierto hacia una identidad más integrada y profundamente humana.

El Triángulo Identitario permite abordar la complejidad estructural de Ferenczi sin reducirla a una fragmentación patológica. En su caso, no se trata de un sujeto disociado, sino escindido por tensiones entre lo vivido, lo percibido y lo esperado. Esta estructura genera un juego de máscaras no como engaño, sino como estrategia de sobrevivencia psíquica. La simulación borderline en Ferenczi no denota falsedad, sino una defensa vital frente a la desregulación identitaria, configurando imágenes transitorias que permitan sostener una imagen de sí tolerable ante sí mismo y ante el Otro. Las oscilaciones identitarias son, así, el correlato subjetivo de una tensión no resuelta entre la autoimagen, la mirada ajena y las exigencias ideales internalizadas.

Esta tríada se expresa en un Yo social adaptado, lúcido y estable; un Yo ideal propositivo, ético y orientado al vínculo; y un Yo vivido frágil, afectado por sentimientos de impostura, deuda afectiva e insuficiencia estructural. A pesar de esta disonancia, Ferenczi no colapsa en la escisión, sino que transforma esta tensión en una dinámica creativa, donde el pensamiento, la clínica y la relación con el otro permiten metabolizar progresivamente el conflicto. El análisis revela que su identidad no es una totalidad armónica, pero tampoco una disociación caótica, sino una forma estructural —esquizoide-uretral con sobreadaptación mimética— que conserva un núcleo ético-estético estable. Su Yo Ideal funciona como horizonte de individuación, mientras que su Yo vivido se convierte en fuente de intuición clínica. Esta estructura no se cierra, sino que opera como integración abierta, utraquística, que hace de Ferenczi una figura compleja, capaz de custodiar —como Jano— los umbrales del pensamiento, la ternura y la ruptura.

## RECONDUCCION DEL DESARROLLO PSICOSEXUAL: PROCESOS DE RETORNO

Si puedes llenar el implacable minuto  
con sesenta segundos de esfuerzo pleno,  
tuya será la Tierra y todo lo que hay en ella,  
y, lo que es más, ¡serás un Hombre, hijo mío!.  
(estrofa octava: 'If', Rudyard Kipling)

Los procesos de retorno designan un movimiento estructural del aparato psíquico mediante el cual se reactiva y resignifica una configuración correspondiente a un punto de fijación en el desarrollo psicosexual. Este movimiento implica una regresión funcional —no meramente fenoménica ni episódica— hacia una fase anterior del desarrollo, reactivando contenidos vinculares, representacionales y somáticos, pero en condiciones actuales que permiten su metabolización, simbolización y elaboración. No se trata de una reedición mecánica del pasado traumático ni de una simple repetición compulsiva de lo no elaborado. El retorno constituye una reconducción estructurante del desarrollo<sup>25</sup>: una actualización con finalidad teleológica, orientada a reparar lo inconcluso, reintegrar lo escindido y encauzar nuevamente el proceso de individuación, entendido como integración progresiva del self. Este tipo de retorno se activa cuando ciertas áreas vitales del sujeto —como los vínculos, la creatividad, la competencia operatoria o el placer— alcanzan un nivel suficiente de logro, estabilidad o autoafirmación. Es en estas condiciones cuando se generan entornos internos capaces de descongelar núcleos fijados que hasta entonces permanecían aislados o escindidos de la red representacional principal. No se trata de núcleos reprimidos en sentido clásico, sino de contenidos no integrados, no enlazados simbólicamente a otras experiencias psíquicas.

A diferencia de la transferencia, que emerge como reactivación compulsiva de patrones vinculares arcaicos —generalmente en contextos de descompensación, crisis vital o activación del inconsciente relacional—, los procesos de retorno surgen desde una posición estructural más estable. Se actualizan de forma progresiva, primero en expresiones egosintónicas que luego pueden devenir egodistónicas a medida que el Yo logra diferenciar entre significante y significado, y adquiere mayor dominio sobre los aspectos prosódicos y pragmáticos de la representación psíquica. En estos casos, el Yo —o el Self, en su forma relacional y ampliada— dispone de recursos simbólicos, vínculos suficientemente estables y capacidades de mentalización que permiten contener, reelaborar y metabolizar lo que antes solo fue vivido como fragmentación, amenaza o afecto crudo. De este modo, el retorno no reproduce el trauma, sino que lo convierte en materia de transformación estructural.

En el caso de Sándor Ferenczi, desde su desarrollo psicosexual y la posterior consolidación de su personalidad, encontramos a un joven médico húngaro que lleva adelante su formación como neurólogo en la década de 1890, escribiendo para *Gyógyászat* (Terapia) y *Budapesti Orvosi Ujság* (Revista Médica de Budapest), y compartiendo espacios con la intelectualidad húngara de la época: amigo de poetas y escritores como Endre Ady, Sandor Marai, Dezső Kosztolányi y Mihály Babits, y participando activamente en círculos culturales. Durante este periodo vivió en el Hotel Royal de Budapest, donde residió gran parte de su vida adulta, y compartía excursiones alpinas con su hermano, momentos que entrelazaban placer, introspección y vitalidad. Ejerció, además, funciones públicas en la Caja de Previsión Social y en un juzgado del trabajo, experiencias que ampliaron su comprensión de lo social y lo humano. En paralelo, escribe sus primeros trabajos preanalíticos, centrados en la conciencia, la hipnosis y fenómenos liminares, acercándose progresivamente al mundo del psicoanálisis, hasta que en 1908, a los 35 años, establece contacto —primero epistolar y luego personal— con Sigmund Freud, iniciando así un camino definitorio en su devenir profesional, clínico y humano. Durante estos años iniciales, y a la luz de los embates y desarrollos personales, su biografía exhibe momentos de logros y goces creativos —pero también episodios de sufrimiento y conflictos afectivos— en torno a la consolidación de su carrera médica, el desarrollo de su vida amorosa (particularmente entre Gizella y Elma), y las pérdidas familiares. Todo ello ocurre en una existencia que, pese a sus vaivenes, transita de manera relativamente estable, sostenida en un patrón caracterológico ya fijado.

El proceso de reconducción de su desarrollo psicosexual comienza a expresarse —aunque de forma fallida— en el episodio de Palermo (1910), cuando una implicación afectiva intensa y una transferencia desbordada hacia Freud lo confrontan con sus propias expectativas de mutualidad y reciprocidad, frustradas por la frialdad o ambigüedad del maestro. Este incidente puede leerse como un primer intento de retorno al trauma primario, cuya inscripción se reactiva en un contexto donde convergen una transferencia no metabolizada, una necesidad de validación emocional y la tensión entre deseo de pertenencia y autonomía. Allí se inaugura una duplicidad de voces internas que inauguran patrones relacionales conflictivos, presentes desde entonces en su producción y en su devenir clínico-subjetivo.

No obstante, lidiando entre la transferencia y el retorno, es el Caso Elma (1887–1970) el punto de inflexión hacia el encuentro con su identidad. Este evento, curiosamente relatado por el mundo analítico como un ‘drama transgresor’ —que sí lo fue, como decenas de los de su tiempo—, desprovisto de toda significación evolutiva y procesual, inaugura una escenificación edípica desde donde tramitar el mundo pulsional ferencziano y su hiperadaptación rólica. En 1911, un Ferenczi de 38 años empieza a atender a Elma, de 24 años, deprimida después del suicidio de su amante. La intensa contratransferencia vivida por Ferenczi —quien, a su vez, era amante de Gizella, de 45 años (1866–1949), la madre de Elma— inaugura tres tramas edípicas: Gisella, Elma y Sándor; otra con Elma, Sigmund y Sándor; y finalmente la de Gisella, Sigmund y Sándor.

Analizar cada tríada es un trabajo para otro momento, baste aquí señalar que será en el rol que Ferenczi le asigna a Freud en el caso Elma donde puede observarse con claridad una fase transferencialmente recargada: Ferenczi queda situado en una posición triangular compleja entre Elma y Gizella, ambas figuras altamente investidas (madre-hembra), mientras que Freud asume —consciente o inconscientemente— el lugar de una autoridad proyectiva, depositario de deseos ajenos y mediador de tensiones no elaboradas (padre como ley, padre como continente)..., y mucho más. En este contexto, al igual que en lo referido años más tarde en el episodio de la llamada “Carta del beso” —cuya complejidad histórica y ética no es aquí objeto de análisis exhaustivo, dado que lo relevante no es emitir un juicio ni fijar una interpretación definitiva, sino reconocer que estas situaciones constituyen índices y síntomas de retornos de patrones caracterológicos no metabolizados—, se manifiestan las primeras tensiones no solo en términos de posiciones divergentes, sino también como expresiones de cargas pasionales implicadas en la tramitación de conflictos, que pondrán a prueba la naturaleza auténtica versus la instrumental del vínculo.

Más adelante, y de forma aún incipiente, este proceso se insinúa en el torno al ensayo ‘*El desarrollo del psicoanálisis*’ (1923), escrito en coautoría con Otto Rank, donde ambos autores proponen una relectura del tratamiento analítico basada en un enfoque más emocional, vivencial y experiencial del tratamiento. Ferenczi introduce aquí un pensamiento más dinámico, enfocado en la vivencia subjetiva y la dimensión relacional de la cura, anticipando una reconfiguración técnica y epistemológica que emerge desde su propia necesidad de reelaborar los fundamentos de la relación terapéutica. Esta propuesta —profundamente innovadora— fue alternativamente alentada y luego censurada por Freud, en un gesto que marcaría el inicio del distanciamiento teórico y afectivo entre ambos.

En estos casos, viendo cada árbol en el contexto de un bosque, y considerando cada evento como un holón a la luz del principio de Jano —constituido internamente por dintornos o subholones, con un contorno propio (en forma de rizoma con otros holones) y siendo, a su vez, parte de un holón superior (entorno y helarquía)—, estos eventos señalan reactivaciones estructurales en las que Ferenczi reproduce configuraciones vinculares tempranas, aún fijadas, cuya deconstrucción solo será posible años más tarde, cuando se configuren las condiciones internas mínimas para el retorno estructurante y el avance en el proceso de individuación.

Desde esta perspectiva, su existencia puede entenderse como una serie de retornos estructurantes —no siempre conscientes, pero profundamente eficaces— en los que se reactualizan y resignifican marcas de fijación caracterológica temprana, bajo condiciones en las que el Yo, ampliado en su forma de Self, dispone de mayores recursos de simbolización, metabolización y autoobservación. Aquello que en sus primeros años se manifestó como mimetismo adaptativo, duda paralizante o sumisión a figuras idealizadas, se transforma progresivamente —aunque con sufrimiento y no sin recaídas— en un trayecto de diferenciación, reversibilidad y autoafirmación subjetiva. En este sentido, la trayectoria de Ferenczi no solo expresa un

itinerario clínico e intelectual excepcional, sino también una biografía profundamente atravesada por retornos psíquicos que, en su madurez, logran transmutarse en vectores de transformación, creación y pensamiento radical.

El progresivo distanciamiento de Ferenczi con Freud y su cercanía a Georg Groddeck terminan siendo el agente catalizador para la reconversión hacia una integración identitaria. Ferenczi, desde su propio aislamiento, integra los fragmentos que su desarrollo psicosexual había generado en su función de identidad. Desde una lectura bioanalítica, puede plantearse que Ferenczi realiza, a lo largo de su vida, un tránsito desde una estructura de carácter esquizoide-uretral pasiva, marcada por la hipersensibilidad, la sobreadaptación mimética y la inhibición de la autoafirmación, hacia una posición más integrada, donde el deseo propio comienza a diferenciarse del mandato parental o institucional. Esta evolución no es lineal ni está exenta de recaídas, pero se hace visible en hitos vitales que pueden correlacionarse con momentos de reconducción del desarrollo.

A lo largo de su vida, Ferenczi reactivó progresivamente las fases tempranas de su desarrollo psicosexual, desde la oralidad hasta la genitalidad, no como regresiones patológicas sino como procesos de reconducción. Esta activación estructural no responde a una búsqueda consciente, sino a la emergencia interna de zonas no simbolizadas que demandan elaboración. Así, el retorno al “niño sabio”, al “niño desmentido”, al “niño abusado”, no fue solo una categoría teórica, sino una vivencia íntima, un tránsito biográfico y clínico que buscaba reparar —no simplemente recordar— lo que no había sido escuchado.

El recorrido biográfico de Ferenczi puede ser comprendido como un proceso de retorno, que no solo reelabora sus marcas caracterológicas originarias, sino que las convierte en matriz de producción simbólica y transformación clínica. En lugar de quedar fijado a un rol, un síntoma o una teoría, Ferenczi fue progresivamente desarmando sus identificaciones adaptativas, atravesando sus núcleos de dolor y dando forma a una subjetividad más integrada. No sin conflictos, ni sin recaídas, pero sí con una constante: la fidelidad a su experiencia y la búsqueda de una verdad relacional.

Al principio, usted fue mi maestro adorado y mi modelo inalcanzable, a través del cual alimentaba sentimientos, no siempre sin mezcla, se sabe, de aprendiz. Después usted se volvió en mi analista, pero las circunstancias desfavorables no permitieron llevar mi análisis a su término. Lo que particularmente lamenté es que usted no haya, en el curso del análisis, sacado a la luz en mí y conducido a la abreacción, sentimientos y fantasmas negativos, que en parte no eran sino del orden de la transferencia. Sabemos que ningún analizante puede llegar ahí sin ayuda, incluso tampoco yo con mi experiencia de numerosos años con otros. Un autoanálisis muy laborioso fue necesario para eso, el que efectué metódicamente después. Bien entendido, eso implicaba también que cambiara mi posición un poco infantil contra el reconocimiento del hecho de que no debía contar también totalmente con su benevolencia, es decir, no sobreestimar mi importancia para usted. (Carta de Ferenczi a Freud, 17 enero 1930)

Como después de cada decisión, etc., ahora también me siento libre, por así decirlo, de cuidados superfluos, y mi interés se ha volcado a cosas mucho más importantes; en efecto, mi verdadera inclinación es la de investigar, y, liberado de toda ambición personal, me he aplicado con redoblada curiosidad al estudio de mis propios casos.....

(Carta de Ferenczi, 29 de diciembre de 1931)

En mi caso, me sobrevino una crisis sanguínea en el mismo momento en que comprendí que no solamente no puedo contar con la protección de una “potencia superior”, sino que al contrario, soy pisoteado por esta potencia indiferente desde el momento que voy por mi propio camino - y no por el suyo. [...] ¿Y así como ahora debo reconstituir nuevos glóbulos rojos, debo (si puedo) crearme una nueva base de personalidad y abandonar como falsa y poco confiable la que tenía hasta ahora? ¿Tengo aquí la elección entre morir y “reacomodarme” - y esto a la edad de 59 años?. [...] Parece subsistir cierta fuerza en mi organización psicológica de manera que en lugar de caer enfermo psíquicamente, sólo puedo destruirme - o ser destruido en las profundidades orgánicas.. [...] Por otra parte: ¿vivir siempre la vida (la voluntad) de otra persona, tiene algún valor - una vida así no es ya casi la muerte? ¿Pierdo demasiado si arriesgo esta vida? ¿Chi lo sa? (Diario clínico, 2 de octubre 1932)

El proceso de retorno en Sándor Ferenczi constituye una trayectoria lenta, profunda y estructurante, que atraviesa el conflicto identitario y lo transforma en un método clínico-terapéutico, en un pensamiento inédito y radical, y en una epistemología revolucionaria. Lejos de una síntesis armoniosa o de una resolución definitiva, el retorno ferencziano expresa un trabajo interno de metabolización simbólica que articula el dolor, la oscilación afectiva y la creatividad ética en la búsqueda de los índices de realidad. Y si bien no logra alcanzar del todo dichos índices —ya con respecto a sí mismo, ya en la mutualidad con el otro (Freud), aquella que tanto defendió y encarnó en su clínica—, Ferenczi sí logra asentar una forma singular de individuación, no exenta de sufrimiento, pero profundamente coherente con su ideal de la búsqueda de la Verdad. Su biografía no concluye en un proceso de individuación, pero sí con la superación de un conflicto estructural: lo que al inicio fue sobreadaptación mimética y sumisión al Ideal del Yo termina por devenir —consciente o inconscientemente— en un proceso de consolidación Identitaria y de autoactualización somatopsíquica.

Así, superando la creencia comúnmente aceptada de que “pensar es siempre pensar contra alguien” y resignificando el mito edípico del “asesinato del padre” mediante una inversión de este, Ferenczi se sitúa en el umbral que permite vislumbrar que “el hijo es el padre del hombre”, y que este siempre “se erige sobre los hombros de un gigante”, por muy defectual que este haya sido. Su legado resuena como la reencarnación de un mártir que busca entre sombras y penumbras, desde el deseo de saber y el de ser, compelido por una fuerza ignota del Ello que impulsa la búsqueda de verdad, aun a costa de atravesar los infiernos que el trauma, la mitología y la literatura ya habían anticipado.

Su historia, finalmente, se cifra en sus propias palabras, que resuenan como epílogo vital:

Un difícilísimo ‘trabajo de purificación’ interior y exterior, pero que es sin duda científico, y que hasta ahora no ha arrojado ningún resultado definitivo... y uno no se puede presentar con algo inacabado. Lo científico se concentra siempre en torno de la técnica, pero la elaboración de esta muestra bajo una luz en cierta medida diferente muchos aspectos teóricos. Al modo que me es usual, no me arredra extraer las consecuencias hasta donde es posible, a menudo hasta un límite donde me llevo a mí mismo ‘*ad absurdum*’; pero esto no me desalienta, busco abrirme paso por otros caminos, a veces exactamente los contrarios, y nunca me abandona la esperanza de descubrir alguna vez el sendero correcto.” (Diario Clínico, 17 de enero 1932)

## CONCLUSIONES.

La vida de Sándor Ferenczi fue una existencia rica en vivencias, experiencias y materializaciones, una aventura intensa con todas las complejidades del sentido de lo humano. No encarnó simplemente un itinerario biográfico, sino el proceso mismo de devenir individuo, transitando desde una existencia en clave onírica, ilusoria y sobreadaptativa, hacia una forma más auténtica, diferenciada y autoconsciente del ser. En ese trayecto, Ferenczi no solo formuló teorías o propuestas técnicas, sino que realizó un trabajo de formalización conceptual a partir de nociones ignotas o apenas intuitas, dándoles forma, nombrándolas y proyectándolas como estructuras operativas del saber clínico. De este modo, trajo a la superficie realidades profundas que durante siglos habían permanecido en el margen de lo indecible —lo órfico, lo ominoso, lo excluido por los sistemas racionalistas o las clasificaciones clínicas dominantes— y las legitimó como dimensiones válidas del conocimiento psicoterapéutico. En este marco, Ferenczi inaugura no solo una ampliación del campo clínico, sino una epistemología orientada a la síntesis de los contrarios, que no busca conciliaciones formales ni totalizaciones conceptuales, sino consistencia interna y derivación epistémica. Es decir, un saber que se estructura desde la experiencia, que pone a prueba sus proposiciones en el terreno concreto de la relación terapéutica y que se revisa a la luz de sus efectos.

Sin duda, aún no hemos alcanzado los núcleos organizadores de su pensamiento, pero tal vez ya nos encontramos en el umbral de ese marco tetralógico que articula presencia y ausencia, simulación y ocultamiento. Tras su legado, disponemos de una batería conceptual de alto valor clínico y de un referente ético que sitúa la Verdad y el Amor —no como ideales abstractos— sino como operadores fundamentales en el acto de conocer terapéuticamente. El aporte de Ferenczi no reside únicamente en sus escritos ni en sus rupturas doctrinales, sino en haber encarnado un modo de pensar desde la experiencia vivida, de teorizar desde el sufrimiento, y de sostener una práctica fiel a los principios que la inspiraron. Por eso su

legado permanece abierto: como método, como testimonio y como horizonte para una psicoterapia que aún se interroga por lo esencial: por su razón de ser, por su función en la condición humana, por el modo de conjugar el sanar y el curar, por los límites entre acompañar o transformar, por su estatuto epistemológico, por su responsabilidad ética, y por la naturaleza misma del vínculo que la sustenta.

Este trabajo no pretende clausurar ninguna interpretación definitiva sobre la vida y obra de Sándor Ferenczi, sino ofrecer una lectura hermenéutica que, inspirada en el propio pensamiento bioanalítico que él ayudó a fundar, se atreve a recorrer su historia como si fuera la travesía de un héroe interior: alguien que, enfrentado a sus propios traumas, decide no repetirlos sino transmutarlos en acto creativo, en verdad emocional y en una forma de individuación éticamente situada. En lugar de distanciarse clínicamente de su historia, Ferenczi encarnó su propia teoría, haciendo de su vida un laboratorio existencial donde el sufrimiento no fue sólo objeto de estudio, sino también de elaboración y dignificación. Esta exploración se distancia de otras biografías o análisis convencionales porque no busca explicar desde afuera, sino leer desde dentro, desde los pliegues del carácter, la subjetividad y el deseo. El método bioanalítico aquí utilizado no es meramente explicativo, sino performativo: intenta hacer visible un trayecto de transformación que nos interpela como clínicos, como investigadores y, sobre todo, como sujetos en camino. Ferenczi no es aquí un personaje cerrado por la historia, sino un testimonio abierto de lo que implica devenir individuo, no pese al trauma, sino a través de él. Tal vez sea esa la mayor lección de este análisis: que el retorno —cuando no es repetición estéril, sino confrontación amorosa con las huellas del pasado— puede volverse la antesala de una verdad vivida, de una clínica más humana, y de una existencia más justa consigo misma.

Juan V Gallado C.  
Puerto Varas, 2025

(\*) Psicólogo clínico y académico chileno, especialista en psicoterapia, psicoanálisis y bioanálisis, con un enfoque particular en el pensamiento de Sandor Ferenczi y Georg Groddeck. Egresado de la Universidad de Chile en 1980, fue Director del Instituto de Desarrollo Psicológico INDEPSI por más de treinta años, miembro del directorio de la Sociedad Chilena de Psicología Clínica, Director de la Escuela de Psicología de la Universidad Bolivariana (Chile) y Presidente de la asociación Latinoamericana Sandor Ferenczi. ALSF-Chile. En el contexto de la Editorial Biopsique Ltda., ha traducido y editado junto al equipo del INDEPSI los textos de M. Stanton, A. Rachman e Izette de Forest, impartido la formación de postítulo en Psicoterapia Bioanalítica, formando a más de 100 psicoterapeutas y dedicando su carrera a la investigación y difusión del pensamiento de Sandor Ferenczi y la psicoterapia bioanalítica. En la actualidad, explora los alcances del Bioanálisis integrando principios del modelo TriUno de Paul MacLean y la Escuela de Filosofía de Oviedo de Gustavo Bueno, y el pensamiento de Arthur Koestler. Su trabajo se centra en ampliar el marco epistemológico y teórico del Bioanálisis en el contexto de una epistemología Constructivista Monoléctica y los principios epistémicos desarrollados por Ferenczi y Groddeck. Entre sus escritos se encuentran “Normalidad y Anormalidad en Sexualidad”, “Biografía: Sandor Ferenczi”, “Sandor Ferenczi y el ‘conocimiento’ desde una perspectiva bioanalítica”, “¿Qué es el Bioanálisis?: Constructivismo monoléctico en Sandor Ferenczi”, “Dos mitos acerca del Edipo: horda ferencziana y horda freudiana”, “Modelo bioanalítico y Sexo: nociones de sexualidad órfica”, “Bioanálisis y Subjetividad”, “Una Aproximación al Lenguaje a partir de Ferenczi y el Bioanálisis” y la Serie: “Consciencia e Inconsciente desde el Bioanálisis y el Constructivismo Monoléctico: Hacia una concepción holárquica del Inconsciente”.

## **BIBLIOGRAFIA.**

- Antonelli, G. (1996). Anna Freud, Ferenczi y la Identificación con el Agresor. En *Il mare di Ferenczi. La storia, il pensiero, la vita di un maestro della psicoanalisi*. Roma: Di Renzo Editore. ALSF-Chile (\*)
- Barande, I. (1995). Sándor Ferenczi. Paris: Payot.
- Bueno, Gustavo (1999). *Diccionario Filosófico: Cuestiones Preambulares: Pensamiento Alicia*. Edición digital. Pentalfa Ediciones. Segunda edición, versión 5. Julio de 2021. Disponible en línea: <https://www.filosofia.org/filomat/dfs.htm#s1>
- Bueno, Gustavo (2005). *Pensamiento Alicia (sobre la “Alianza de las Civilizaciones”)*. El Catoblepas, n.º

- 45, pág. 2. En: <https://www.nodulo.org/ec/2005/n045p02.htm>.
- Bokanowski, T. (1997). Sándor Ferenczi. Paris: Presses Universitaires de France.
- Chan, Yiukee (s/f). El mito privado de Ferenczi del Buscador de Almas de Groddeck. En Artículos sobre Ferenczi. Ferenczi y otros autores. ALSF-Chile (\*)
- Daurella, N. (s.f.). Descubriendo a Ferenczi y su legado. ALSF-Chile (\*)
- Deri, Susan. (1990). Principales representantes de la psiquiatría húngara: Balint, Ferenczi, Hermann y Szondi. *Psychoanalytic Review*, 77(4), 491–501. ALSF-Chile (\*)
- Dupont, J (1982) Prefacio del libro “Ferenczi-Groddeck: Correspondance 1921-1933”, Les sources des inventions de Judith Dupont (pp 11- 38) Payot, 1982. (ALSF-Chile (\*)
- Ferenczi, S. (1932). Diario Clínico: Sin simpatía no hay curación. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu (1997).
- Ferenczi, S. (1932) Diario Clínico. Sandor Ferenczi 1ª edición, Ediciones Conjetural, Buenos Aires, 1988
- Ferenczi, Sándor (1931). Análisis de niños con adultos. Obras Completas, Cap. VII, Tomo IV (pp. 109–124). Espasa-Calpe, 1984.
- Ferenczi, S (1900) Los Escritos de Budapest, de Les écrits de Budapest Traducción francesa: Gyorgyi Kurtz et C. Lorin... E.P.E L. París. (1994). Trad: Indepsi, no editada .
- Ferenczi, S y Rank O. (1923) Metas para el desarrollo del psicoanálisis. Sandor Ferenczi-Otto Rank. Epeeel, México, 2005.
- Freud, S., (1933) En Memoria de Sandor Ferenczi. Obras Completas. Tr. L. Lopez-Ballesteros. Ed. Biblioteca Nueva; Madrid; 1981. pp. 3237-3239.
- Freud, S., (1923i) Dr. Sandor Ferenczi (en su 50º cumpleaños). Obras Completas. Vol XIX. Tr. J. Etcheverry. ed. Amorrortu. Buenos Aires. 1990. pp. 287-89.
- Freud, S. (1933). “Sándor Ferenczi (1873–1933)”. En Obras Completas, Tomo III: Escritos de técnica y aplicaciones del psicoanálisis (pp. 293–296). Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
- Freud, Sigmund & Ferenczi, Sándor (1992). Epistolario. Correspondencia Ferenczi–Freud: Cartas 1929–1931. Carta del 25 de diciembre de 1929. Edición de Eva Brabant, Ernst Falzeder y Patrizia Giampieri-Deutsch. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Forest de, Izette. La Catalización del Amor. Colección Sandor Ferenczi. Indepsi-Editorial Biopsique, Santiago; Chile. 2009
- Gallardo C., Juan V (1998) Sandor Ferenczi. Biografía, Revista de Psicoterapia Bioanalítica, pp. 23-38, Vol. 1, año 1, Santiago, Chile, 1998
- Gallardo C., Juan V. (2016) Sandor Ferenczi y lo órfico. ALSF-Chile (\*)
- Gallardo C. Juan V. (2022). ¿Qué es el Bioanálisis?: Constructivismo Monolético en Sándor Ferenczi. ALSF-Chile (\*)
- Gallardo C. Juan V. (2023). Georg Groddeck a la luz del Bioanálisis: Desarrollo psicosexual, carácter, identidad e individuación. ALSF-Chile (\*)
- Groddeck, G. (1934). Carta a Gizella Ferenczi, 19 de febrero de 1934. En: Evidencias Testimoniales. ALSF-Chile (\*)
- Guasto, Gianni (s.f.). Ferenczi frente al enigma de Schreber: Del “incidente” de Palermo al descubrimiento de la intropresión. ALSF-Chile (\*)
- Herman Imre
- Jones, Ernest (1953). Vida y obra de Sigmund Freud. Tomos I, II y III. Trad. Mario Carlisky y José Cano Tembleque. Anagrama, Barcelona, España.
- Kapusi, Krisztián. (2010) Hacia una biografía de Sándor Ferenczi: Notas al pie sobre Miskolc. Traducido por Pál Harmat. *Imago americano*, vol. 66, no. 4, 405-410. Universidad Johns Hopkins. ALSF-Chile (\*)
- Kipling, R. (1910). ‘If’ . Rewards and Fairies. Londres: Macmillan & Co.
- Koestler, Arthur. (1959) Los sonámbulos: Historia de las concepciones del universo. Trad. de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya Bozal. Barcelona: Ediciones Destino, 1974.
- Koestler, Arthur. (1964). The Act of Creation. Hutchinson & Co. Ltd., London.
- Koestler, Arthur. (1967) The Ghost in the Machine. New York: Macmillan
- Lualdi, M. M. (2022). Georg Groddeck. Parte III: El VI Congreso Psicoanalítico Internacional (La Haya,

1920). (ALSF-Chile). ALSF-Chile (\*)

- Lualdi, Michele M. (2023). La correspondencia Groddeck–Ferenczi: Por qué y cómo traducirla. ALSF-Chile (\*)
- Lualdi, Michele M. (Ed.). (2024). L'indistruttibile amicizia (Edición italiana). Colaboración con Michael Giefer y Beate Schuh, de la Società Georg Groddeck
- Lorin, Claude (2017). Sándor Ferenczi: De la medicina al psicoanálisis. Traducción de Daniel Fernández-Fernández; asistencia filológica de Valeria Sancho Quirós. Editorial Arlekin, San José de Costa Rica, pp. 369.
- Lorin, Claude (1984). Le jeune Ferenczi: Premiers écrits 1899–1906. Aubier-Montaigne, Paris, pp. 360.
- Monzón, I. (2014). Ferenczi, paladín de la ternura. Revista Topía, (78)
- Novoa, E., & Olguín, A. (1998). Análisis del Obituario de Freud a Ferenczi. Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi ALSF-Chile (\*)
- Rachman, A. W. “Sandor Ferenczi: El Terapeuta de la Pasión y la Ternura. Colección Sandor Ferenczi. Indepsi-Editorial Biopsique, Santiago; Chile. 2004.
- Reich, Wilhelm (1973). La función del orgasmo: Problemas económico-sexuales de la energía biológica. Editorial Paidós. (Obra original publicada en 1942 como Die Funktion des Orgasmus).
- Reich, Wilhelm (1972). Análisis del carácter. Editorial Paidós. (Obra original publicada en 1933 como Charakteranalyse).
- Sabourin, P., Ferenczi: Paladin et grand vizir secret. Paris; Éditions Universitaires. 1985.
- Stanton, M., (1990) Sandor Ferenczi. Reconsiderando la intervención activa, Tr. Juan Gallardo C; Andrea Morgado G., Santiago; Bio-Psique; 1997.
- This, B., Introducción a la Obra de Ferenczi, en, Nasio, Juan, D., Grandes Psicoanalistas. Tr. V. Ackerman. Barcelona; Gedisa; 1996.

(\*) Para todas las referencias de la Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi., ver ALSF-Chile.: <https://www.alsf-chile.org/base-por-autores.html>

*Volver a Bioanálisis*  
*Volver a Newsletter 29-ALSF-ex-83*

## Notas al final

1- El término ‘holón’ fue introducido por Arthur Koestler en su obra *The Ghost in the Machine* (1967), donde propone una arquitectura jerárquica de la realidad compuesta por entidades que son simultáneamente ‘totalidades’ (in toto) respecto a sus partes e ‘integrantes’ (subholones) respecto a una totalidad superior. Un holón es, por tanto, una unidad relacional con doble función: autónoma y dependiente, autosuficiente e integradora, activa y receptiva. Koestler desarrolla esta idea como respuesta al reduccionismo mecanicista y al atomismo estructural, proponiendo en su lugar un ‘modelo holónico’ que reconoce niveles organizativos interconectados por medio de relaciones de subordinación funcional, coordinación estructural y emergencia progresiva. Un modelo holónico, entonces, no es simplemente una clasificación jerárquica, sino una organización estructural dinámica donde cada holón mantiene identidad propia (con límites, funciones, propósito), al tiempo que participa en niveles superiores mediante relaciones de co-determinación. Esta perspectiva permite analizar procesos complejos (como la mente, la cultura o la biografía de un autor) considerando no solo las partes aisladas, sino las formas en que cada parte se integra, interactúa y coevoluciona con su contexto. En el enfoque bioanalítico, los holones pueden ser configuracionales, atributivos, distributivos o procesuales, y permiten mapear tanto estructuras estáticas como procesos dinámicos de transformación

2.- Symploké es un concepto central en la Filosofía Materialista desarrollada por Gustavo Bueno, retomado del diálogo Sofista de Platón pero reelaborado dentro de un sistema categorial contemporáneo. En su formulación moderna, la symploké designa la trama estructural por la cual las realidades están enlazadas de forma no reductible ni a la independencia absoluta ni a la dependencia total. Es decir, ningún elemento está completamente aislado (atomismo disyuntivo), ni todo está fundido en una única sustancia (monismo dogmático); más bien, los entes y categorías se entrelazan en una red de relaciones mutuas, jerárquicas y múltiples. Desde una perspectiva bioanalítica, este entrelazamiento puede pensarse en términos de radiculaciones (vínculos que remiten a raíces comunes estructurales), rizomas (tramas laterales, horizontales y no jerárquicas que permiten conexiones múltiples e inusuales) y estromas (estructuras de sostén que integran capas o planos de sentido heterogéneos). En conjunto, estas tres formas expresan modos diversos de symploké: la ‘radiculación’ apunta a lo arborescente y generativo; el ‘rizoma’, a lo transversal e inesperado; y el ‘estroma’ a lo matricial y configuracional.

3.- El principio de ‘reversibilidad de la perspectiva’ ha sido elaborado con profundidad por Wilfred Bion, en el marco de su teoría del pensamiento, que incluye conceptos fundamentales como la cesura, la función  $\alpha$  y los elementos  $\beta$ , las transformaciones, la dinámica continente/contenido, los pares conocimiento/no-conocimiento y la relación entre pensador y producción de pensamiento. Este principio se articula en torno a varias premisas: a) toda unidad o configuración mental implica un par antitético (Ser y No ser); b) el pensamiento verdadero debe considerar ambos aspectos de manera simultánea o alternante; c) mientras se sostiene uno de los polos (por ejemplo, percepción o ideación), debe mantenerse la conciencia de la existencia del otro; d) la función  $\alpha$  es la instancia que posibilita esta conciencia latente de su reverso complementario. El valor de este principio no radica únicamente en la alternancia entre dos perspectivas, como ocurre en figuras perceptuales reversibles como el cubo de Necker o el rostro/jarrón de Rubin, sino en la conciencia simultánea de la existencia de la otra mirada mientras se sostiene una de ellas, lo cual implica un nivel metacognitivo capaz de tolerar tensionalmente la ambigüedad sin resolverla de forma prematura. Aplicado a las relaciones entre percepción y razonamiento, significante y significado, o entre lo fenoménico y la realidad, el principio adquiere un valor singular. Desde el modelo bioanalítico, esta reversibilidad se expresa estructuralmente en la Matriz PASO (Presencia, Ausencia, Simulación, Ocultamiento), en la cual una representación puede ser entendida como una función lógica con cuatro posibles estados:  $f(1) = 1$ ;  $f(1) = 0$ ;  $f(0) = 1$ ;  $f(0) = 0$ . Esta matriz propone que todo fenómeno observable debe evaluarse no solo por su apariencia inmediata, sino también por su condición de existencia: lo que se ve y es, lo que se ve y no es, lo que no se ve pero es, y lo que no se ve ni es, constituyendo una estrategia de análisis orientada a sostener criterios confiables sobre los índices de realidad.

4.- Pensamiento Alicia y pensamiento utópico son conceptos desarrollados por Gustavo Bueno para describir dos formas de pensamiento desligadas de toda epistemología derivada. El pensamiento Alicia —inspirado en Alicia en el País de las Maravillas— se caracteriza por una fusión acrítica entre fantasía y creencia, donde los relatos se estructuran sin exigencias de consistencia lógica ni correlación con el orden material de la realidad. Por su parte, el pensamiento utópico construye una imagen idealizada del mundo que, al no reconocer sus propias condiciones de posibilidad, oscila entre el autoengaño y la justificación ideológica, llegando incluso a desvalorizarse desde su propia lógica interna. Ambos modos de pensamiento, aunque en apariencia opuestos, convergen en su indiferencia respecto de los criterios de verdad y de articulación con el mundo efectivo. (Cfr. Bueno, Gustavo. *El pensamiento Alicia*, 1996; *La fe del ateo*, 2007.)

5.- Entre las principales instituciones dedicadas al estudio de Sándor Ferenczi se encuentran: la International Sándor Ferenczi Network (internacional); el Sándor Ferenczi Center (The New School for Social Research), Estados Unidos; la Association

Française de Psychanalyse Sándor FERENCZI, la revista *Le Coq-Héron*, Francia; la Ferenczi House – Museo Ferenczi, Hungría; la Società Italiana di Psicoanalisi Interpersonale e Gruppoanalisi (SIPIG), Italia; el Grupo Brasileiro de Pesquisas Sándor Ferenczi (GBPSF), Brasil; la Asociación Cultural Sándor Ferenczi, Argentina; y la Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi (ALSF-Chile), Chile. A estas instituciones se suma una constelación de estudiosos contemporáneos que han renovado la lectura del legado ferencziano. Una primera generación crítica estuvo conformada por Judith Dupont, Pierre Sabourin, Thierry Bokanowski, Ilse Barande, Claude Lorin, Arnold Rachman y Martin Stanton Lorin, entre otros, a la que pronto se incorporaron figuras como Franco Borgogno, Carlo Bonomi, Gianni Guasto, Carla Mucci, Peter L. Rudnytsky, Raluca Soreanu, Michelle Moreau Ricaud, Lewis Aron, Adrienne Harris y Michele Lualdi, solo por citar algunos cuyos trabajos han contribuido decisivamente al rescate y proyección internacional del pensamiento de Ferenczi, sentando las bases de una segunda y tercera generación de investigadores que continúan ampliando y profundizando su legado clínico, teórico y ético. Desde América Latina, destacan también Pedro J. Boschan, Jô Gondar, Teresa Pinheiro, Lucas Nápoli dos Santos, László Ávila, Ana Inés Heras, Alfredo Elvira, Miguel Gutiérrez-Peláez y Juan V. Gallardo, solo por mencionar algunos.

6.- Subjetividad y Objetividad pertenecen a una clase lógica distinta de la que integran los términos Subjetivo y Objetivo. Estos últimos designan modos de funcionamiento interno del aparato psíquico individual —propios del nivel representacional (M2)—, mientras que los primeros refieren a categorías abstractas de organización que operan en el plano relacional-simbólico (M3). En el nivel M2 representacional, lo Subjetivo corresponde a un funcionamiento dominado por la simbolización primaria, la lógica asociativa, la condensación y el afecto; en tanto que lo Objetivo designa la modalidad rígida por operaciones del pensamiento secundario: causalidad, secuencia lógica, reversibilidad y articulación. Ambos son formas internas de organizar la experiencia dentro de la Subjetividad, orientadas respectivamente a lo íntimo (analógico) y lo comunicable (matematizable). En cambio, en el plano M3 categorial, la Subjetividad se define como el conjunto de procesos mentales individuales (M2) en su condición de totalidad singular, mientras que la Objetividad no es una entidad externa ni una sustancia, sino una abstracción derivada de la convergencia de múltiples subjetividades. Esta convergencia da lugar a una ‘Intersubjetividad sistematizada’, es decir, a una validación simbólica compartida de un conjunto de contenidos mentales, perceptivos o lingüísticos. Así, Subjetividad y Objetividad no son polos enfrentados, sino categorías epistémicas que articulan distintos planos de organización del conocimiento. La Objetividad (como categoría abstracta, M3) no elimina la dimensión intrapsíquica del pensamiento (funcionamiento interno, M2), sino que la presupone como base necesaria. Para que exista Objetividad —en su sentido fuerte como abstracción relacional—, debe haber múltiples sujetos que piensen “objetivamente” dentro de su propia Subjetividad. En este sentido, se trata de una ‘subjetividad que organiza contenidos objetivos un Intersubjetividad, no la categoría “Subjetividad” concebida como totalidad autosuficiente.

7.- Con relación a la necesidad de un fundamento investigativo riguroso frente a la tendencia —frecuente en el campo psicoanalítico— a propagar juicios apoyados en opiniones secundarias o interpretaciones no contrastadas, destacan los trabajos de Michel Lualdi por su seriedad documental y por el esfuerzo de reconstrucción crítica de las fuentes, especialmente en torno al pensamiento de Georg Groddeck y los debates del Congreso de La Haya (1927). Sus análisis se basan no solo en documentos primarios, sino también en un sistema de referencias cruzadas que permite identificar las cadenas de transmisión, deformación o silenciamiento que afectaron la recepción de ciertas figuras. Lualdi examina los comentarios realizados sobre Groddeck a partir de otros comentarios, detectando residuos de atribuciones indirectas y exponiendo sus implicancias teóricas e institucionales con notable precisión analítico-crítica.

8.- El furor sanandi —amor por curar y/o impulso compulsivo— puede entenderse desde una perspectiva tetralógica que considera las dimensiones vinculares del amor como experiencia emocional del Cuidar: contención, límite, seducción y castigo. Estas dimensiones se corresponden con las ideas de presencia, ausencia, simulación y ocultamiento, respectivamente. La presencia implica que el analista actúa como un agente comprometido y responsable, acompañando el proceso terapéutico sin imponer sus propias concepciones. La ausencia, en cambio, no remite a una abstención deliberada, sino a una abstención por falta de interés, implicación o compromiso emocional por parte del terapeuta, lo que produce un vacío relacional que no puede ser percibido directamente —pues no se ve lo que no hay— y cuyo impacto suele manifestarse en la desconexión afectiva o la desvitalización del proceso. La simulación representa una postura de aparente empatía o neutralidad —lo que Ferenczi denominaba “hipocresía profesional”— mientras en realidad está guiada por un deseo inconsciente de controlar o dirigir el proceso terapéutico. El ocultamiento, por su parte, se da cuando el analista manipula, instaura, inculca o impone su propia agenda personal. Desde esta perspectiva tetralógica, este conjunto de actitudes se vincula tanto con la ética del terapeuta como con la ética del evaluador clínico, quien debe juzgar en función de los requerimientos del proceso terapéutico..

9.- La primera edición en español del Diario Clínico de Sándor Ferenczi fue publicada por la editorial Conjetural en Buenos Aires, en 1988. Esta edición contó con la traducción de Beatriz Castillo y una introducción de Jorge Jinkis. Se trató de una publicación pionera que permitió el acceso al texto completo del diario escrito por Ferenczi en 1932, ofreciendo una visión profunda de sus reflexiones clínicas y personales. Posteriormente, en 1997, la editorial Amorrortu publicó una nueva edición bajo el título ‘Sin simpatía no hay curación. El Diario Clínico de 1932’. Esta

versión incluyó prólogos de Judith Dupont y Michael Balint, así como un epílogo de Pierre Sabourin, y fue traducida del alemán al español por José Luis Etcheverry. Estas ediciones han sido fundamentales para la difusión y el estudio de las ideas de Ferenczi en el ámbito hispanohablante, especialmente en relación con su enfoque sobre el trauma, la transferencia y la contratransferencia.

10.- La publicación de la Correspondencia Freud–Ferenczi fue el resultado de una gestión editorial extensa, compleja y políticamente delicada, que se desarrolló a lo largo de varias décadas, y en la que participaron múltiples actores dentro del campo psicoanalítico internacional. La iniciativa original de preservar y publicar estas cartas comenzó con Michael Balint, discípulo y continuador del trabajo de Ferenczi. Balint fue quien primero reunió y clasificó los documentos, con la intención de hacer accesible este valioso intercambio epistolar. Sin embargo, las resistencias institucionales dentro del psicoanálisis freudiano oficial —particularmente en la IPA— postergaron la publicación durante años, debido a que los contenidos de la correspondencia exponían tensiones doctrinarias, afectivas y éticas entre Freud y Ferenczi que resultaban incómodas para la narrativa canónica. Tras la muerte de Balint en 1970, la labor fue retomada por Judith Dupont, psicoanalista francesa, editora y figura clave en el rescate del legado ferencziano. Dupont lideró el trabajo editorial definitivo, organizando y traduciendo las cartas (originalmente en alemán) con un equipo especializado. La publicación fue realizada por la editorial francesa Calmann-Lévy y más tarde por Harvard University Press y Karnac Books para el ámbito anglófono. La edición completa abarca tres volúmenes, publicados entre 1992 y 2000, y cubre el período comprendido entre 1908 y 1933. La edición incluye notas críticas, comentarios editoriales, índices temáticos y contextuales, y fue acompañada de prólogos explicativos que situaban la correspondencia en su marco histórico y doctrinal. El conjunto revela no solo el desarrollo teórico del psicoanálisis, sino también la evolución del vínculo personal, afectivo y profesional entre ambos autores.

11.- Las Circulares del Comité Secreto son una recopilación de correspondencia confidencial intercambiada entre Sigmund Freud y sus discípulos más cercanos—Sándor Ferenczi, Karl Abraham, Otto Rank, Max Eitingon, Hans Sachs y Ernest Jones—miembros del llamado “Comité Secreto” fundado en 1912 para salvaguardar el desarrollo del psicoanálisis. Esta colección ha sido publicada en español en dos volúmenes por la editorial Síntesis: Volumen I (1913–1920): Editado por Gerhard Wittenberger y Christfried Tögel, con traducción de Pablo Villadangos. Publicado en 2002, este volumen incluye las circulares enviadas entre 1913 y 1920, proporcionando una visión detallada de las discusiones internas y decisiones estratégicas del grupo durante ese período y el Volumen II (1921): También editado por Wittenberger y Tögel, con traducción de Thomas Schilling. Publicado en 2002, este volumen abarca las circulares correspondientes al año 1921, destacando las dinámicas y tensiones dentro del Comité en ese año específico. Estas publicaciones ofrecen una perspectiva única sobre la evolución del movimiento psicoanalítico y las relaciones entre sus principales figuras.

12.- A partir de distinguir entre el dominio de lo ontológico (del Mundo, M), surge el par antitético homopercepción / heteropercepción, como percepciones del Ser y de lo Otro; y se diferencia de lo fenoménico (del Mundo Aespectabilis, Mi), cuyo par antitético es autopercepción / alopercepción, en tanto percepciones de lo dado a la Conciencia (Moi o Mi). El primer par remite a modalidades en las que el sujeto se percibe a sí mismo y al entorno mediante un equipamiento sensorial que incorpora, asimila y acomoda lo percibido —ya sea de forma consciente o inconsciente, racional, afectiva u órfica— como experiencia de la materia propia (homopercepción) o materia ajena (heteropercepción). El segundo par, en cambio, considera al Yo como instancia representacional y refiere a la aprehensión subjetiva del sí-mismo —pensamientos, emociones, cuerpo, voluntad, rasgos y valores— (autopercepción), mientras que el segundo término designa la percepción de la valoración del impacto del Ser en la realidad circundante (alopercepción), es decir, la consciencia del propio efecto sobre la alteridad. Estos pares no deben confundirse, pues expresan estratos diferenciados del funcionamiento consciente: unos vinculados al ser-en-el-mundo y su facticidad corpórea-relacional, y otros a la construcción simbólica e introspectiva del Yo que se piensa y se representa a sí mismo

13.- Para una reconstrucción cronológica más exhaustiva y rigurosa de la vida y obra de Sándor Ferenczi, resulta fundamental la unidad “Curriculum Vitae” incluida en ‘Sándor Ferenczi: Reconsiderando la intervención activa’, de Martin Stanton (1991). También son esenciales ‘Sándor Ferenczi: El terapeuta de la pasión y la ternura’, de Arnold Rachman (1997), y ‘La Catalización del amor’, de Izette de Forest (1952), todos publicados por Editorial Biopsique. Entre los estudios pioneros destacan los trabajos de Claude Lorin, en particular ‘El joven Ferenczi’ (1983) y ‘De la medicina a la psicoterapia’ (1985), así como la vasta labor de investigación, edición y difusión realizada por Judith Dupont entre 1974 y 2020, especialmente a través de la revista *Le Coq-Héron*. Esta producción ha sido enriquecida por las contribuciones de Livia Nemes, Pedro Boschan, Judit Mészáros, Carlo Bonomi, Franco Borgogno, Jay Frankel, Philippe Réfabert y Tobias Blechschmidt, entre otros destacados investigadores que han abordado sistemáticamente aspectos biográficos, clínicos y teóricos de la figura de Ferenczi.

14.- Todos los hijos de Bernát Ferenczi (anteriormente Baruch Fränkel) y Róza Eibenschütz nacieron en Miskolc,

Hungría, en el seno de una familia judía liberal y culta. La fratría, compuesta por doce hermanos, se ordena cronológicamente de la siguiente manera: Henrik (27 de marzo de 1860), Max (19 de marzo de 1861), Zsigmond (17 de marzo de 1862), Ilona (30 de septiembre de 1865), Rebus-María (24 de abril de 1868), Jakab-Joseph (14 de julio de 1869), Gizella (8 de junio de 1872), Sándor (7 de julio de 1873), Moritz Károly (17 de febrero de 1877), Vilma (3 de junio de 1878), Lajos (6 de septiembre de 1879) y Zsófia (18 de julio de 1883). Esta estructura familiar numerosa y culturalmente activa proporcionó un entorno estimulante para el desarrollo intelectual y emocional de Sándor Ferenczi. Estas fechas corresponden a registros genealógicos disponibles y muestran una dinámica familiar numerosa, típica del periodo, con nacimientos continuos en el marco de un hogar regido por valores liberales, culturales y religiosos. (Ver Perfil Completo <https://www.geni.com/people/Bernat-Ferenczi/6000000010120115454>)

15.- La lápida que cubre los restos de los padres de Sándor Ferenczi contiene una inscripción dedicada inicialmente al padre, que dice: “Bernat Ferenczi murió el 20 de noviembre de 1889, a los 59 años. Estos restos pueden ser cubiertos con el polvo que pasa, pero el recuerdo de su gran y noble espíritu vivirá para siempre. Que descanse en paz”. Encima de esta, y en el mismo monumento conmemorativo, se encuentra una inscripción adicional dedicada a la madre de Ferenczi, Róza Eibenschütz, que constituye a su vez un ejemplo conmovedor del amor de una pareja casada: “La Sra. Bernat Ferenczi, Róza Eibenschutz, nacida el 11 de diciembre de 1840, murió el 20 de julio de 1921. Mis hijos, no lloran. He encontrado la calma y el descanso al lado de su amado padre, que buscaba en vano en la tierra”. Una antigua lápida adyacente rinde homenaje al hermano mayor de Ferenczi: “Aquí se encuentra el Dr. Henrik Ferenczi, Vicepresidente del Orfanato del Condado de Borsod. Nacido el 27 de marzo de 1860, murió el 9 de febrero de 1912. Su partida es llorada por quienes lo amamos: su madre, sus hermanos y hermanas”. Por su parte, otra lápida conmemora al hermano menor de Ferenczi, Károly, y a su esposa, quienes murieron como mártires en Auschwitz. La inscripción dice: “Károly Ferenczi (1877–1944). La Sra. Károly Ferenczi, nacida Vilma Klar (1878–1944). Seguiré conservando sus recuerdos para siempre. Su doliente hermana”. En contraste con estas expresiones de intimidad familiar, la lápida de Sándor Ferenczi es sobria y profesional, dice simplemente: “Dr. Sándor Ferenczi. 1873–1933. Fundador del psicoanálisis húngaro.”

16.- “Una señora con una educación clásica, [ella] era la cabeza de un grupo de mujeres israelitas. Fue, de hecho, la fundadora de este grupo de mujeres humanista. Además de ser la líder de este grupo, la divina providencia también le otorgó otra obligación, el deber majestuoso de la maternidad, la crianza de once niños y de dirigir sus vidas. Los once hijos no podían hacer nada sin su madre, la directora de educación de la familia. Esto era todo un dilema para ella porque tenía que elegir entre su deber de madre y el grupo de mujeres que la obligaba a permanecer lejos de casa durante largos periodos. Naturalmente, ella elegía su deber como madre. Ella renunció al cargo de presidenta, pero siempre apoyó el grupo con invaluable juicios de asesoramiento. Más tarde, ella se retiró a la casa de la familia. Ella remendaba los calcetines de sus hijos, mientras arreglaba una prenda con los trozos de otra, ayudaba a otro a memorizar las tareas para la escuela y calmaba a un cuarto y a los demás también, si se trataba de una pelea tras una discusión. Ella podía mantener orden y respeto. (Sugár 1937, 72-74).

17.- Poema de Sandor Ferenczi a su madre con razón de sus 24 años: En el umbral de una nueva vida/ te saludo, madre mía./ Nadie más, sólo tú,/ me comprendes cuando lloro. Y hoy lloro con hondura/ lágrimas ardientes, verdaderas./ Tendido estoy en la camilla/ ¡veinticuatro años de mi vida!

18.- El artefacto bioanalítico tetralógico es un dispositivo conceptual que permite analizar un holón humano —en sus dimensiones atributiva, distributiva, configuracional y procesual— a partir de cuatro componentes integrados: a) lo invariante, lo evolutivo, lo contextual y lo circunstancial. Lo invariante remite a estructuras constantes de la condición humana, como el vínculo entre la cría y sus cuidadores, la función de la lactancia y el sostén físico-afectivo, la experiencia de apego o duelo, la pulsión exploratoria o la necesidad de pertenencia colectiva; son patrones relacionales o existenciales presentes en todas las culturas y épocas, aunque adopten formas diversas; b) Lo evolutivo alude a los procesos de desarrollo corpóreo, psicológico (cognitivo, afectivo, volitivo) y vincular que marcan el trayecto de individuación: la maduración física y neurológica, el despertar sexual, la adquisición del lenguaje, el despliegue emocional y moral, así como la elaboración de duelos o reconfiguraciones internas; c) Lo contextual corresponde al entramado histórico, político, social y cultural en el que estos procesos se inscriben, incluyendo las formas específicas que adquieren en cada época la parentalidad, la educación, los valores dominantes, las expectativas colectivas o los modelos familiares disponibles. Finalmente, d) lo circunstancial refiere a aquellos eventos singulares, imprevisibles y no generalizables que imprimen un sello particular a las otras tres dimensiones sin contradecirlas: enfermedades atípicas, accidentes, muertes, figuras vinculares excepcionales —amables o abusivas—, desarraigos inesperados, vínculos intensos o fallidos, o incluso gestos aparentemente banales que, por sus efectos psíquicos, se convierten en marcas fundantes de la experiencia subjetiva..

19.-“ . . . cuando Ferenczi comenzó a desarrollar sus pensamientos, claramente disidentes, la reacción de Freud fue extremadamente fuerte. Este característico episodio, ha sido relatado por la periodista Zsofia Denes (1970), sobrina de la esposa de Ferenczi; por Izette [D]e Forest (1954), paciente de Ferenczi; y también por Erich Fromm (1959). De acuerdo a estos relatos, cuando Ferenczi expuso a Freud sus nuevas visiones acerca del psicoanálisis (durante las vacaciones de verano que Freud tomaba en la Villa Semmering) el maestro escuchó con una impaciencia irritable,

hizo algunas secas acotaciones, y cuando Ferenczi le extendió la mano para despedirse, Freud se dio vuelta y salió precipitadamente de la habitación. Denes, quien había sido presentada a Freud por Ferenczi, para una consulta y luego para una entrevista, y que se encontraba esperando en otra habitación, se quedó impresionada por la frialdad de Freud, que contrastaba con la primera recepción de Freud hacia ella, y no pudo evitar sentir que algo fundamental había ocurrido en la relación entre los dos hombres. Quien había sido un íntimo para la casa, y había sido llamado por Freud “mi querido hijo”, tuvo en esta ocasión que anunciarse y se le concedió sólo una breve y formal audiencia. Sólo Gizella recibió una sonrisa amistosa por parte de Freud, y fue ella quien al momento de retirarse rompió en llanto. [Grunberger, 1980 en Rachmann A. (2004) ]

20.- Los términos ocnofílico y filobático se inscriben en una línea conceptual que se inicia con Imre Hermann, psicoanalista húngaro de la primera generación, quien formuló el concepto de *Anklammerung* (aferramiento) como tendencia instintiva primaria del ser humano a sujetarse al objeto —especialmente a la madre— en los primeros momentos de vida. Hermann contraponía esta pulsión de aferramiento a otra complementaria: la de búsqueda (*Auf-Suche-Gehen*), entendida como tendencia a la exploración y separación activa del objeto. Sobre esta base, Michael Balint, discípulo de Ferenczi e influido directamente por Hermann, desarrolló los conceptos de *ocnofilia* (del griego *oknē* = “vacilación”, “temor”) y *filobatismo* (del griego *philos* = “amigo” y *bainein* = “caminar”), en su obra *Thrills and Regressions* (1959). El sujeto ocnofílico tiende a aferrarse al objeto, buscando seguridad y contención; el filobático, en cambio, se siente más cómodo en el espacio abierto, con un predominio de autonomía y desapego vincular. Ambos polos pueden encontrarse en diversas configuraciones de la personalidad, como tendencias dominantes o alternantes. Esta antinomia se relaciona directamente con la distinción junguiana entre introversión y extroversión, entendidas no solo como rasgos de estilo conductual, sino como formas estructurales de orientar la energía psíquica: hacia el mundo interno en el primer caso, hacia el entorno en el segundo. Finalmente, esta dialéctica fue retomada —aunque reformulada desde la etología y la teoría del desarrollo— por John Bowlby, quien describió el equilibrio dinámico entre los sistemas de apego y exploración como núcleo funcional del desarrollo afectivo temprano, donde el predominio de uno u otro, así como su integración, constituye un índice esencial de organización de la personalidad.

21.- <sup>2</sup> El término escisión (*splitting*) designa un mecanismo de defensa primitivo basado en la fragmentación o atomización del Yo, que opera en niveles estructurales del aparato psíquico como una estrategia de conservación frente a experiencias afectivas extremas e intolerables. La escisión implica una fractura interna del self en núcleos no integrados, sin mediación simbólica ni elaboración representacional. Ferenczi, en su *Diario clínico* (1932), describe formas de descomposición psíquica en contextos traumáticos tempranos que conducen a una “desintegración del yo” y a “formas múltiples de existencia subjetiva coexistentes”, anticipando así una concepción plural, no lineal y dinámica de la escisión. Dentro de este marco, distinguimos al menos dos modalidades de escisión: el ‘*splitting extático*’ (espacial), donde el sujeto coexiste simultáneamente entre estados extremos de interioridad y exterioridad, sin que medie alternancia ni integración, sino una forma de desdoblamiento topológico fundado en un esquema espacial fracturado, donde el Yo no se ubica en un punto fijo, sino que fluctúa sin anclaje simbólico; y el ‘*splitting dinámico*’ (espacio-temporal), en el cual la fragmentación se articula en secuencias temporales, permitiendo que los aspectos incompatibles de la experiencia se distribuyan en distintos momentos del sí mismo, generando una organización subjetiva más compleja, desplazada, aunque aún no simbolizada. Estas formas de escisión, expresión del tránsito del pensamiento primario al secundario, constituyen adaptaciones precarias que garantizan la sobrevivencia psíquica cuando no existen recursos vinculares ni simbólicos suficientes para la elaboración del trauma, y que, sin integración ulterior, pueden devenir estructuras patológicas en la adultez.

22.- El carácter genital, también llamado individuación, ha sido descrito en el psicoanálisis como la configuración estructural de una personalidad integrada, capaz de regular el placer y la agresión a través de vínculos amorosos y sexuales maduros. Wilhelm Reich lo definió como el estado en el que el sujeto ha superado las fijaciones pregenitales —oral, anal y fálica— y puede sostener una vida afectiva y laboral plena, en la línea del ideal freudiano de “amar y trabajar”. En una formulación afín, Erik Erikson vinculó esta etapa con la consolidación de la identidad personal y la capacidad de intimidad recíproca, situando en la adultez temprana el conflicto decisivo entre aislamiento e intimidad. Desde desarrollos post-freudianos, autores como Otto Kernberg y Nancy McWilliams han descrito el funcionamiento genital como la expresión de un yo no escindido, emocionalmente regulado, con constancia objetal, simbolización adecuada del conflicto y un narcisismo integrado. En términos bioanalíticos, la individuación es comprendida como la emergencia de un holón representacional (M3) que articula aspectos corpóreos (M1), afectivo-representacionales (M2) y simbólico-relacionales (M3), con consistencia interna y epistemología derivada, y que encuentra su correlato neurofuncional en la integración de las tres capas cerebrales del modelo de Paul MacLean: el complejo reptiliano, el sistema límbico y el neocórtex, integrando el mundo órfico, afectivo y cognitivo. Corresponde a la finalidad evolutiva, tanto ontogenética como filogenética, del desarrollo humano —individual y como especie—, expresada en

la consolidación de la función de reverie (propia y respecto de los otros), en la capacidad de pensamiento racional y metafórico, en la transformación aloplástica de la realidad, en el establecimiento de vínculos recíprocos, estables y comprometidos, en la simbolización activa de la alteridad, y en la posibilidad de expresión de deseo, la voluntad y la conducta recta.

23.- Entre los principales Artefactos Bioanalíticos —dispositivos clínico-teóricos que permiten representar y operar con dimensiones complejas del aparato psíquico— se encuentran los Artefactos Identitarios, orientados a mapear la estructura, dinámica y procesual de la Función de Identidad. Estos artefactos son cuatro: 1) Estructura Holónica de la Identidad, que organiza la identidad en cuatro niveles complementarios (atributivo, distributivo, configuracional y procesual), permitiendo un análisis jerárquico y relacional del modo en que el sujeto se representa a sí mismo y se integra en su entorno; 2) Idiosincrasia Identitaria, que permite identificar las marcas estructurantes de la singularidad subjetiva a partir de datos identificatorios, rasgos de personalidad y modalidades de desorganización de la identidad; 3) El Triángulo Identitario, que representa la identidad como una *symploké* entre tres vértices —Yo Social, Yo Vivido y Yo Ideal—, cada uno de ellos simbolizado por una moneda de dos caras: percepción externa y percepción internalizada (alopercepción y heteropercepción), autopercepción estable y distorsionada (homopercepción y mecanismos proyectivos), ideal aspiracional y mandato normativo (ideal del Yo y Yo ideal); y 4) Los Estadios de Individuación, que cartografían los niveles desde los cuales el sujeto se posiciona ante sí mismo y ante los otros (roles, ego, yo y self), permitiendo evaluar su grado de individuación y orientar intervenciones hacia configuraciones más auténticas y cohesionadas. Estos artefactos constituyen herramientas heurísticas para el abordaje clínico del sujeto desde una perspectiva bioanalítica, relacional y procesual.

24.- El Artefacto Bioanalítico Perceptivo distingue cuatro modalidades perceptivas organizadas en dos Series Complementarias, según el tipo de operación psíquica implicada. La primera, de tipo representacional-subjetiva, está compuesta por la ‘autopercepción’ y la ‘alopercepción’. La autopercepción es la percepción reflexiva que el sujeto tiene de sí mismo, y puede ser recta cuando se basa en índices de realidad, u oblicua cuando está mediada por mecanismos defensivos como la idealización o la escisión; se expresa en narrativas identitarias explícitas del tipo “yo soy”, sin reversibilidad de perspectiva ni pensamiento crítico, sólo validada sensorialmente y ajena a los índices de realidad. La alopercepción, en cambio, refiere a la percepción inferida de cómo el sujeto cree que es percibido por los otros, basándose en fantasías, proyecciones, atribuciones o experiencias pasadas de validación o rechazo. La segunda serie, de tipo experiencial-objetiva, incluye la ‘homopercepción’ y la ‘heteropercepción’. La homopercepción es la vivencia inmediata e integrada de sí mismo como dato fáctico —corporal, emocional, cognitivo y conductual—, fundamento de la autenticidad objetiva y de la cualidad de holón material. Por su parte, la heteropercepción designa la percepción efectiva del sujeto por parte de los otros reales —a través de juicios, tecnologías o registros verificables—, configurando un dato objetivo (intersubjetivo) que posee valor de realidad y de verdad. Este artefacto permite, así, cartografiar la función perceptiva del Yo en su doble dimensión subjetiva y objetiva (intersubjetiva), proporcionando una herramienta clave para el análisis clínico de la identidad y sus distorsiones.

25.- Los procesos de ‘Reconducción’ implican la resolución de diversos continuos psicobiogénéticos que abarcan diferentes dimensiones del psiquismo, entre ellos: el continuo somático, con los tránsitos de lo asintomático, lo psicósomático, lo enfermo hasta lo sano; el continuo cognitivo, con los tránsitos de la producción de pensamiento, la parálisis de la mente, la identificación con el agresor y el desmentidor (relacional e intrapsíquico) hasta la capacidad de pensar; el continuo emocional, desde la emocionalidad-sensorialidad anobjetal, a la emocionalidad instrumental, la emocionalidad de retorno, hasta la emocionalidad reactiva (recta); y el continuo sensorial, desde la sensorialidad como elemento beta, a la sensorialidad como función oblicua (instrumental), la sensorialidad como retorno (transferencia y retornos), hasta la sensorialidad como representante de la materialidad (M1, M2 y M3), vinculada a los elementos ‘alfas’. A estos se suman la Función de reverie, el logro del pensamiento significado y la adquisición del principio de tolerancia de la incertidumbre, entre otros.